

reasonable

doubt

VOLUME
ONE

WHITNEY G.

libros del cielo libros del cielo libros del cielo libros de

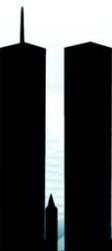
Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.

Es una traducción de fans para fans.

Si el libro llega a tu país, apoya al escritor comprando su libro.

También puedes apoyar al autor con una reseña, siguiéndolo en redes sociales y ayudándolo a promocionar su libro.

¡Disfruta de la lectura!



Staff

Moderadora:

CrisCras

Traductoras:

florbarbero
Val_17
ElyCasdel
Vanessa Farrow
Sandry

Issel
Alessandra Wilde
Nikky
CrisCras

Correctoras:

Amélie.
Laurita PI
Alessandra Wilde

CrisCras
Mire
Beatrix

Lectura Final:

CrisCras

Diseño:

Snow Q



Índice

Sinopsis

Dedicatoria

Prólogo

Contrato (s.):

Perjurio (s.):

Carga de la prueba (s.):

Condena (s.):

Contrainterrogatorio (s.):

Receso (s.):



Sinopsis

Mi polla tiene un apetito.

Un *enorme* y muy *particular* apetito: Rubia, con curvas, y preferiblemente no una mentirosa de mierda... (Aunque eso es una historia para otro día).

Como abogado de alto perfil, no tengo tiempo para perderlo en relaciones, así que satisfago mis necesidades mediante charlas anónimas y durmiendo con mujeres que conozco online.

Mis reglas son simples: Una cena. Una noche. Sin repeticiones.

Esto es sólo sexo casual. Nada más. Nada menos.

Al menos lo era hasta "Alyssa"...

Se suponía que era una abogada de 27 años, una amante de los libros, y en absoluto atractiva. Se suponía que era alguien con quien compartía asesoramiento jurídico a altas horas de la noche, alguien en quien podía confiar con detalles de mis escapadas semanales.

Pero entonces entró en mi firma para una entrevista —una entrevista como *interna universitaria*, y todo jodidamente cambió...

Reasonable Doubt, #1



Dedicatoria

Para mi BBF/lectora beta definitiva/increíble asistente/hombro en el que llorar en cualquier momento en el que estoy actuando como una loca/"persona", como dicen en Anatomía de Grey... Tamisha Draper.

Mis libros apestarían sin ti...



Prólogo

Traducido por florbarbero

Corregido por Melii

Andrew

La ciudad de Nueva York no es más que un páramo lleno de mierda, un vertedero donde las personas que fracasan se ven obligadas a abandonar todos sus sueños rotos y dejarlos atrás. Las luces destellantes han perdido su brillo, y esa sensación de frescura que una vez impregnó el aire de la ciudad, esa *esperanza*, ha quedado en el pasado.

Cada persona que una vez consideré un amigo ahora es un enemigo, y la palabra “confianza” ha sido arrancada de mi vocabulario. Mi nombre y reputación están empañados gracias a la prensa, y después de leer el titular que *The New York Times* publicó esta mañana, decidí que esta noche será la última noche que alguna vez pase aquí.

No puedo lidiar más con los sudores fríos y las pesadillas que perturban mi sueño, y tan duro como trato de fingir que mi corazón no ha sido destruido, dudo que el dolor agonizante en mi pecho desaparezca alguna vez.

Para despedirme correctamente, ordené los mejores platos de todos mis restaurantes favoritos, vi *Death of a Salesman* en Broadway, y me fumé un puro cubano en el Puente de Brooklyn. También reservé la suite del ático en el Waldorf Astoria, donde estoy ahora recostado en la cama y con mis dedos entrelazados en el cabello de una mujer, gimiendo cuando desliza su boca sobre mi polla.

Me provoca, arrastrando su lengua alrededor de la punta de mi polla y mirándome, susurra —: ¿Te gusta esto?

No contesto. Empujo su cabeza hacia abajo y exhalo cuando presiona sus labios contra mis bolas, cubriendo mi polla con sus manos, moviéndolas hacia arriba y hacia abajo.

En las últimas dos horas, la follé contra la pared, la obligué a doblarse sobre una silla, y abrí sus piernas sobre el colchón mientras devoraba su coño.



Fue bastante gratificante, *divertido*, pero sé que este sentimiento no durará por mucho tiempo; nunca se queda. En menos de una semana, tendré que encontrar a alguien más.

Cuando ella me toma más y más en su boca, tenso mi agarre en su cabello mientras menea la cabeza arriba y abajo. El placer comienza a atravesarme, y los músculos de mis piernas se ponen rígidos, obligándome a dejarla ir y advertirle que se aleje.

Ella me ignora.

Agarra mis rodillas y chupa más rápido, dejando que mi pene toque la parte posterior de su garganta. Le doy una última oportunidad de alejarse, pero sus labios permanecen envueltos alrededor de mí, sin dejarme otra opción que correrme en su boca.

Y entonces traga.

Cada. Última. Gota.

Impresionante...

Alejándose finalmente, se lame los labios y se recuesta contra el suelo.

—Esa fue la primera vez que me lo trago —dice—. Lo hice sólo para ti.

—No deberías haberlo hecho. —Me levanto y subo la cremallera de mis pantalones—. Lo deberías haber guardado para otra persona.

—Correcto. Bueno, eh... ¿Quieres pedir algo para cenar? ¿Tal vez podríamos comer, ver HBO y hacerlo otra vez después?

Levanto la ceja, confundido.

Esta siempre es la parte más molesta, la parte en la cual la mujer con la que previamente acordé "Una cena. Una noche. No hay repeticiones" desea establecer algún tipo de conexión imaginaria. Por alguna razón, siente que es necesario que haya algún tipo de conversación de cierre, algún insípido consuelo que le confirme que lo que acaba de suceder fue "más que sexo", y que seremos amigos.

Pero *era* sólo sexo, y no necesito amigos. Ni ahora, ni nunca.

—No, gracias. —Me acerco al espejo que hay al otro lado de la habitación—. Tengo que estar en un lugar.

—¿A las tres de la mañana? Quiero decir, si lo que deseas es no ver HBO e ir directamente a por otra ronda, yo puedo...

Me desconecto de su irritante voz y comienzo a abotonar mi camisa. Nunca pasé la noche con una mujer que conocí online, y ella no va a ser la primera.



Cuando me ajusto la corbata, bajo la mirada y descubro una andrajosa billetera de color rosa en el tocador. La recojo, la abro y deslizo mis dedos por el nombre que está impreso en su licencia: Sarah Tate.

A pesar de que sólo conozco a esta mujer desde hace una semana, ella siempre respondió a “Samantha”. También en *repetidas* ocasiones me dijo que trabaja como enfermera en el Hospital Grace. A juzgar por la tarjeta de empleado de Wal-Mart que se esconde detrás de su licencia, asumo que no es cierto.

Miro por encima de mi hombro hacia donde está tendida sobre las sábanas de seda de la cama. Su piel color crema es lisa y suave; sus labios en forma de arco se encuentran ligeramente hinchados e inflamados.

Sus ojos verdes se encuentran con los míos y lentamente se incorpora, abriendo las piernas y susurrando —: Sabes que quieres quedarte. *Quédate...*

Mi polla empieza a endurecerse, sin duda dispuesta a otra ronda, pero ver su nombre real arruinó cualquier posibilidad. No puedo soportar estar cerca de alguien que me mintió, aunque tenga senos talla doble D y una boca del cielo.

Lanzo la cartera en su regazo. —Me dijiste que te llamabas Samantha.

—Bueno. ¿Y?

—Tu nombre es *Sarah*.

—¿Y qué? —Se encoge de hombros, haciendo un ademán con la mano—. Nunca doy mi *verdadero nombre* a los hombres que conozco en internet.

—¿Terminas follando en suites de un hotel cinco estrellas?

—¿Por qué de repente te preocupa mi verdadero nombre?

—*No lo hace*. —Echo un vistazo a mi reloj—. ¿Pasarás la noche en esta habitación, o tengo que darte dinero para el taxi que te lleve a casa?

—¿Qué?

—¿No es clara mi pregunta?

—Guau... simplemente, guau... —Niega con la cabeza—. ¿Cuánto tiempo crees que podrás seguir haciendo esto?

—¿Seguir haciendo *qué*?

—Charlar con alguien durante una semana, follar con ella, y pasar a la siguiente. ¿Cuánto tiempo más lo harás?

—Hasta que mi pene deje de funcionar. —Me pongo la chaqueta—. ¿Necesitas el taxi o te quedas? La salida es a mediodía.



—¿Sabes que los hombres como tú, que *evaden las relaciones*, normalmente son los que se enamoran con más fuerza?

—¿Eso te enseñan en las tiendas Wal-Mart?

—El hecho de que alguien te lastimara en el pasado no quiere decir que todas las mujeres después de ella lo harán. —Frunce los labios—. Probablemente por eso eres así. Tal vez si trataras de tener *citas* con alguien, en realidad estarías mucho más feliz. Deberías salir con ella a cenar y realmente escucharla, acompañarla a su puerta sin esperar una invitación a entrar, y tal vez pasar por alto la cosa de “vamos a follar en la suite de hotel” al final.

¿Dónde están mis llaves? Tengo que irme. Ahora.

—Lo puedo ver ahora... —Parece no poder callarse—. Vas a querer más que sexo un día, y la persona que quieras será con quién menos lo esperas. Alguien que te obligará a ceder.

Encuentro mis llaves debajo de su vestido arrugado y suspiro—: ¿Necesitas dinero para el taxi?

—Tengo mi propio auto, idiota. —Rueda los ojos—. ¿Realmente eres incapaz de tener una conversación normal? ¿Te mataría hablar conmigo durante unos minutos después del sexo?

—No tenemos nada más que discutir. —Coloco la llave de la habitación en la mesita de noche y camino hacia la puerta—. Fue muy agradable conocerte, Samantha, *Sarah*. Cualquiera que sea tu jodido nombre. Ten una gran noche.

—¡Jódete!

—Tres veces fue más que suficiente. No, gracias.

—¡Todo esto te volverá un día, imbécil! —grita cuando salgo al pasillo—. ¡El Karma es una puta del infierno!

—Lo sé. —Me muevo hacia atrás—. Me la follé hace dos semanas...



Contrato (s.):

Un acuerdo entre dos personas que crea una obligación para hacer o no hacer una acción particular.

Traducido por Val_17 & ElyCasdel

Corregido por Amélie.

Andrew

Seis años después...

Durham, Carolina del Norte

La mujer que actualmente se encontraba sentada frente a mí era una maldita mentirosa.

Vestida con un feo suéter gris y una falda roja a cuadros, su cabello parecía como si hubiera sido teñido con una caja de crayones. No se parecía en nada a la mujer de la foto en internet, nada como la rubia sonriente con los pechos copa-C, tatuaje de mariposa y regordetes labios rosados.

Antes de que hubiera aceptado esta cita, pedí específicamente tres pruebas independientes de la verdad de las imágenes: una de ella sosteniendo un periódico con la fecha más reciente, una de ella mordiéndose el labio, y una de ella sosteniendo un cartel con su nombre en él. Cuando solicité esas cosas, se rio y dijo que yo era “la persona más paranoica”, pero lo había hecho. O eso pensé. Con la excepción de decirle mi verdadero nombre —dejé de dar mi nombre verdadero hace años— había sido completamente honesto y esperaba eso a cambio.

—Bueno, ahora que estamos *solos*... —Ella sonrió de repente, revelando una boca llena de bandas de metal y caucho—. Es un placer conocerte finalmente en persona, *Thoreau*. ¿Cómo estás hoy?

No tenía tiempo para esto. —¿Quién es la chica en tu foto de perfil? —pregunté.

—¿Qué?



—¿Quién es la chica en tu foto de perfil?

—Oh... bueno, esa no soy yo.

—No me digas que no eres tú. —Rodé los ojos—. ¿Contrataste a una modelo? ¿Compraste un montón de imágenes y utilizaste Photoshop?

—No exactamente. —Bajó su voz—. Sólo pensé que sería más probable que hablaras conmigo si usaba esa foto en lugar de la mía.

La miré de nuevo, ahora notando el extraño tatuaje de unicornio sobre sus nudillos y la cita “El amor es ciego” entintada en su muñeca.

—¿Qué esperabas que sucediera cuando nos *conociéramos* de verdad? —Esta mierda revolvía mi mente—. ¿Pensaste en lo que pasaría cuando llegara ese día? ¿Cuándo me diera cuenta que no eras quien dijiste que eras?

—Esperaba que también hubieras mentido sobre tu imagen —dijo—. No sabía que realmente lucirías como tú, ¿sabes? Esta es la primera vez que un chico de *Date-Match* ha dicho la verdad. Creo que es una *señal*.

—No lo es. —Negué con la cabeza—. ¿Y la modelo? ¿Cómo hiciste que alguien se tomara todas esas fotos?

—No era una modelo. Era mi compañera de cuarto. —Sus ojos se abrieron cuando me puse de pie—. ¡Espera un segundo! Todas las cosas que te dije por teléfono fueron absolutamente ciertas. *Estoy* interesada en la política, y me encanta estudiar las leyes y mantenerme al día con los casos de alto perfil.

—¿A qué escuela de derecho fuiste?

—¿Escuela de derecho? —Levantó una ceja—. No, no el tipo de leyes de la *escuela de derecho*. Leyes como, he visto todos los episodios de *SVU* y leído todos los libros de John Grisham.

Suspiré y saqué unos cuantos billetes de mi billetera, poniéndolos sobre la mesa. Había perdido bastante tiempo con ella.

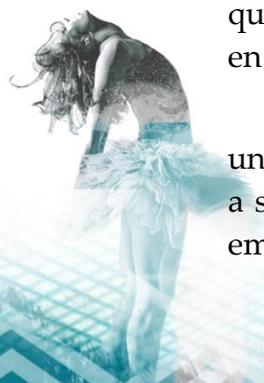
—Adiós, *Charlotte*. —Me alejé, ignorando el resto de su disculpa.

Al momento en que el valet estacionó mi auto, me deslicé dentro y aceleré.

Esta mierda se está poniendo ridícula...

Era la sexta vez que me había pasado esto este mes, y no entendía por qué alguien estaría dispuesto a mentir con un potencial encuentro cara-a-cara en línea. No tenía ningún maldito sentido.

Molesto, agarré una botella de whisky en la tienda de enfrente, e hice una nota mental para bloquear a esta última mentirosa de mi página. Empezaba a sentir que me quedaba sin mujeres con las que dormir en Durham. También empezaba a sentir que necesitaba cambiar de ciudad y empezar todo de nuevo;



los sudores fríos de hacía años habían regresado, y sabía que las pesadillas venían después.

Tan pronto como entré en mi apartamento, me serví tres tragos y me los tomé. Entonces me serví tres más.

Me desplazé a través de mi teléfono y revisé mis correos electrónicos del día: referencias de clientes, más solicitudes para chatear de *Date-Match*, y un mensaje de la sexy rubia con la que se suponía que debía encontrarme este sábado.

La línea de asunto decía: "La Honestidad es la Clave, ¿verdad?"

Me tomé otro trago antes de abrirlo, esperando que fuera una invitación para encontrarnos esta noche en su lugar.

No lo era. Era un maldito ensayo.

Hola, Thoreau. Sé que se supone que debemos encontrarnos este sábado y confía en mí, estaba esperando taaanto que llegara, pero necesito saber que estás interesado en mí por mí y no por mi aspecto. He conocido a un montón de chicos espeluznantes aquí porque simplemente les gusta mi foto, y cuando nos encontramos, sólo quieren tener sexo. Te puedo asegurar que soy quien digo ser, pero estoy buscando algo un poco más satisfactorio que sexo casual. No tenemos que tener una relación en toda regla, ni comprometernos en una aventura intensa, pero al menos podríamos construir una amistad primero, ¿sabes? Estoy ansiosa por verte, así que déjame saber si sigues interesado en conocerme. —Liz.

Inmediatamente hice clic en mi perfil y abrí el icono de "Lo Que Estoy Buscando", asegurándome de que todavía dijera lo mismo: Sexo casual. Nada más. Nada menos.

Esa línea no estaba allí por decoración, y se encontraba en negrita por una razón.

Volví al mensaje de la mujer y respondí. *Ya no estoy interesado en conocerte. Buena suerte encontrando lo que sea que estás buscando. —Thoreau.*

¿Hablas en serio? Respondió al instante. ¿No puedes tener otro amigo? ¿No podemos ser "sólo amigos"? —Liz.

Demonios, no. —Thoreau. Me desconecté y bloqueé su dirección.

Otro trago hizo su camino por mi garganta, y me desplazé a través de los correos restantes —abriendo inmediatamente ese que provenía de la única persona que consideraba un amigo en esta ciudad. Alyssa.

Asunto: Polla Desierta

Así que, te estoy enviando un correo ahora mismo porque acabo de pensar en lo adolorido que estás en este momento... no hemos hablado de ti echando un polvo en un buen tiempo, y eso me preocupa. Mucho. Como que



he LORADO por tu falta de coño... lamento mucho que tantas mujeres te hayan enviado imágenes fraudulentas y dado un severo caso de bolas azules. En la parte superior estoy adjuntando los enlaces de una crema en línea en la que creo que deberías invertir en las semanas venideras.

Tu polla está en mis oraciones,

—Alyssa.

Sonreí y escribí una respuesta.

Asunto: Re: Polla Desierta

Gracias por tus preocupaciones respecto a mi polla. Aunque, ahora que lo pienso, tú NUNCA has discutido sobre echar un polvo; creo que tener Telarañas en el Coño es una enfermedad mucho más grave. Sí, es cierto que muchas mujeres me han enviado fotos, pero es muy triste que nunca me hayas enviado una tuya, ¿no? Estoy más que dispuesto a enviarte la mía, y eventualmente, ayudarte a curar tú triste y lamentable enfermedad.

Gracias por decirme que mi polla está en tus oraciones.

Preferiría que estuviera en tu boca.

—Thoreau.

Solo así, mi noche era diez veces mejor ahora. A pesar de que nunca había conocido a Alyssa en persona y nuestras conversaciones se limitaban a las llamadas telefónicas, correos electrónicos, y mensajes de texto, sentía una fuerte conexión con ella.

Nos habíamos conocido a través de una exclusiva y anónima red social para abogados: LawyerChat. No había fotos de perfil, ninguna actividad de noticias, sólo a través de mensajes. Había un pequeño cuadro de perfil donde podía colocarse la información (primer nombre, edad, número de años practicados, estado de perfil alto o bajo), y un logo en el perfil de cada usuario que revelaba su sexo.

Cada usuario era un abogado “garantizado” que había sido invitado personalmente por vía correo electrónico. Según los desarrolladores del sitio, ellos hacían “referencias cruzadas con cada abogado practicante en el estado de Carolina del Norte con los registros de licencia de la junta para asegurar un sistema de apoyo único”.

Honestamente pensaba que la red era una mierda, y si no fuera por el hecho de que me había follado a algunas mujeres que había conocido allí, habría cancelado mi cuenta después del primer mes.

Sin embargo, cuando vi un nuevo mensaje que decía “Necesito Un Consejo” de una tal “Alyssa”, no me pude resistir a tratar de repetir mis



resultados anteriores. Leí su perfil primero —veintisiete años, egresada hacía un año de la escuela de derecho, amante de los libros— y decidí ir a por ello.

Mi intención era responder sus preguntas legales, desviar lentamente la conversación hacia cosas más personales, y luego pedirle que se uniera a *Date-Match* para poder ver qué aspecto tenía. Pero ella no era como las otras mujeres.

Me envió mensajes constantes, y siempre mantuvo el tema de conversación profesional. Dado que era una abogada tan joven e inexperta, pedía consejos sobre los temas más simples: un resumen de formalización jurídica, presentación de reclamos, y exhibición de evidencia. Después de que habíamos charlado cinco veces y me había cansado de tener largas sesiones de tres horas volcando información, le pedí su número de teléfono.

Ella dijo que no.

—¿Por qué no? —Había escrito yo.

—Porque va contra las reglas.

—Nunca he conocido un abogado que no haya roto al menos una.

—Entonces no eres un abogado muy bueno. Encontraré a alguien más con quien charlar ahora. Gracias.

—Vas a perder ese caso mañana —escribí antes de que pudiera terminar nuestra sesión—. No tienes ni idea de lo que estás haciendo.

—¿Realmente estás tan molesto conmigo por no darte mi número de teléfono? ¿Qué edad tienes, doce?

—Treinta y dos, y no me importa una mierda tu número de teléfono. Sólo te lo pedía para poder llamarte y decirte que ese resumen que me enviaste está lleno de errores tipográficos, y el argumento final parece que lo escribió un estudiante de derecho de primer año. Hay demasiados errores para que me sienta aquí y te los escriba todos.

—Mi resumen no es tan malo.

—Tampoco es tan bueno. —Antes de que pudiera cerrar la sesión de nuestro chat, su número de teléfono apareció en la pantalla, y por debajo había un breve párrafo: Si vas a llamar y ayudarme, bien. Si estás usando mi número para decirme que me una a un sitio de citas más tarde, entonces olvídale. Me uní a esta red en busca de apoyo en mi carrera, eso es todo.

Miré fijamente su mensaje por un buen rato —debatendo si debería ayudarla sin ninguna posibilidad de conseguir algo de ello; pero algo me hizo llamarla de todos modos. La acompañé a través de cada error que había cometido, insistí en que aclarara un par de frases, e incluso re-formateó su resumen.



Justo cuando estaba a punto de decirle adiós y colgar, lo más extraño sucedió. Ella preguntó—: ¿Cómo estuvo tu día hoy?

—Eso no está en tu resumen —dije—. Solo quieres hablar mierda de abogados, ¿recuerdas?

—¿No puedo cambiar de opinión?

—No. Cuelga. —Esperé oír un pitido, pero lo único que escuché fue su risa. Si no fuera por el hecho de que era un sonido tan ronco y sexy, habría colgado yo mismo, pero no pude soltar el teléfono.

—Lo siento —dijo ella, sin dejar de reír—. No fue mi intención ofenderte.

—No lo hiciste. Cuelga.

—No quiero hacerlo. —Finalmente dejó de reír—. Me disculpo por ese mensaje hostil que te envié... realmente eres el único tipo aquí que responde todas mis preguntas. ¿Estás ocupado en este momento? ¿Puedes hablar?

—¿Sobre qué?

—Acerca de ti, tu vida... te he estado haciendo preguntas legales aburridas todos los días, y has sido muy paciente, así que... es justo que hablemos de algo menos aburrido por una vez si vamos a ser amigos, ¿verdad?

¿Amigos?

Dudé al responder, especialmente desde que parecía que los temas que envolvían sexo parecían “menos aburridos”, y ella dijo la palabra “amigos” tan fácilmente. Aun así, me hallaba en medio de otra noche sin sexo, así que comencé con las conversaciones regulares con ella. Hasta las cinco de la mañana, discutimos las cosas más mundanas, nuestras vidas diarias, libros favoritos, su sueño de volverse una bailarina profesional tardía.

Algunos días después, hablamos de nuevo, y después de un mes, yo hablaba con ella cada día.

Con otro trago, presioné el botón de llamar en mi teléfono y esperé a escuchar su dulce voz.

Sin respuesta. Consideré enviarle un mensaje, pero luego me di cuenta de que eran las nueve en punto del miércoles y no seríamos capaces de hablar esta noche.

Práctica... noches de miércoles siempre son de práctica de ballet.



—¿Señor Hamilton? —Mi secretaria entró en mi oficina a la mañana siguiente.

—¿Sí, Jesssica?

—Al señor Greenwood y al señor Bach les gustaría saber si quiere participar en la siguiente ronda de entrevista a internos hoy.

—No.

—De acuerdo... —Bajó la mirada y escribió algo en su bloc de notas—. ¿Entonces, al menos revisó los resúmenes? Tienen que reducirlo a menos de quince hoy.

Suspiré y saqué el montón de resúmenes que me dieron la semana pasada. Los leería y escribiría notas, mayoritariamente: “Pasa” “Doble pasa” y “No me gusta leer esto.” Todos los candidatos eran de la Universidad de Duke, y para mi conocimiento, éramos la única firma en la ciudad que aceptábamos los solicitantes de pre-leyes y la escuela de leyes con internos pagados.

—No me sentí impresionado por ninguno de los candidatos. —Deslizó los papeles por mi escritorio—. ¿Esta es toda la selección?

—No, señor. —Se acercó y puso un montón aún más grande frente a mí—. *Esta* es la selección entera. ¿Necesita algo más de mí esta mañana?

—¿Además de mi café? —Señalé la taza vacía al final de mi escritorio. Odiaba tener que recordarle siempre traerlo; no podía funcionar en la mañana sin una taza fresca.

—Lo siento. Ya lo traigo.

Me giré hacia mi ordenador y revisé mis correos, clasificándolos por importancia. Por supuesto, el último email de Alyssa fue lanzado a la cima.

Asunto: Obtén más de ti mismo.

Gracias por el mensaje con la infantil fotografía del polvo blanco que había en el exterior de tu condominio esta mañana. En verdad lo aprecio, pero puedo asegurarte que NO es como luce mi vagina por dentro justo ahora.

No es que sea de tu incumbencia, pero no necesito acostarme con alguien todos los días para satisfacer mis necesidades. Están BIEN cuidadas con una VARIEDAD de herramientas.

—Alyssa

Asunto: Re: Obtén más de ti mismo.

Te envié dos imágenes. Una del polvo blanco y una de un lago seco con animales muertos. ¿La segunda imagen fue más exacta?



La única herramienta que tu coño necesita es mi lengua. Aquí está para cuando sea que la quieras. Y funciona en una “VARIEDAD” de formas.

—Thoreau

—Aquí está, señor Hamilton. —Jessica puso el café en mi escritorio de pronto—. ¿Puedo preguntarle algo?

—No, no puedes.

—Eso pensé —dijo, bajando la voz y mirándome a los ojos—. Sé que esto es poco profesional, pero necesito una cita para la gala del próximo mes.

—Entonces, *encuentra una cita* para la gala del próximo mes.

—Esa era mi forma de *pedirle* que fuera mi cita...

Parpadeé. Necesitaba encontrar una forma de decir este “Diablos, no” muy cuidadosamente.

Jessica estaba recién graduada de la universidad, era demasiado joven para mí, trabajaba aquí porque su abuelo comenzó esta firma, y buscaba mucho más de lo que yo estaría dispuesto a dar. La escuché hablar varias veces en los almuerzos de cómo quería casarse antes de tener veinticinco. Aparentemente también quería ser una mamá que se quedara en casa con seis niños, y vivir en una casa de los suburbios.

En otras palabras, estaba malditamente loca.

—Así que, ¿qué dice? —Sonrió.

—Intenté no rodar los ojos. —Jessica...

—¿Sí? —Sus ojos se hallaban llenos de esperanza.

—Mira, cariño. No solo sería altamente inapropiado para nosotros dos tener cualquier tipo de relación fuera de esta oficina alguna vez, sino que no soy el hombre que buscas. Para nada. Créeme.

—¿Ni siquiera por *una noche*?

—Las palabras “una noche”, en mi libro contienen ciertas expectativas que posiblemente podrías no conocer. Así que, *no*. Ve a trabajar un poco.

—¿“Una noche” es un código para sexo?

—¿Por qué sigues en mi oficina?

—No se lo diría a nadie si tenemos sexo —susurró—. De hecho he fantaseado con ello desde que nos conocimos. Y, ya que nunca tiene ninguna llamada en el libro de una novia, asumo que está disponible.

—*No lo estoy.*



—Le vi una vez mientras estaba en el baño... creo que tiene al menos veintitrés centímetros.

¡¿Qué diablos?!

Me encontraba a segundos de grabar esta conversación en mi teléfono y enviársela por correo electrónico a su abuelo.

—Soy *muy buena* haciendo mamadas —dijo—. He estado haciéndolo desde la secundaria. Todos los chicos a los que se lo hice dijeron que mi boca era *maravillosa*. —Se mordió el labio.

—¿Hay súper pegamento en mi suelo? ¿Por eso sigues aquí?

—Si fuera mi cita en la gala y termináramos teniendo un buen rato, sería el primer hombre con el que recorrería realmente todo el camino —dejó escapar, sonrojándose—. Sigo siendo virgen *allí abajo*.

—Entonces, *definitivamente* no soy hombre para ti. —Rodé los ojos—. Ahora, vete antes de que llame al señor Greenwood y le diga que su preciosa nieta me está ofreciendo chuparme la polla con el café matutino.

Sorprendida, sus mejillas se tiñeron de rojo y rápidamente salió por la puerta. Entonces miró por encima de su hombro y me guiño un ojo, malditamente me *guiñó un ojo*, antes de salir. Inmediatamente tecleé una nota en mi agenda: *Encontrar una nueva secretaria, una vieja, casada...*

Antes de poder terminar de organizar mi bandeja de entrada, mi móvil sonó. Alyssa.

—Estoy ocupado —respondí.

—Entonces, ¿por qué respondiste el teléfono?

—Porque el sonido de mi voz te moja.

—Divertido. —Se rio—. ¿Cómo va tu mañana?

—Típica. Mi secretaria se me acaba de insinuar por tercera vez este mes.

—¿Te envió otra nota diciendo “Tú y yo nos pertenecemos” con chocolates?

—No, me ofreció chuparme la polla.

—¿Qué? —jadeó—. ¡Estás bromeando!

—Desafortunadamente no. Después de eso me dijo que estaba dispuesta a darme su virginidad. No necesito decir que estaré pegando un anuncio de reemplazo pronto. ¿Alguien de tu oficina que quiera trabajar para mi firma? Le doblaré el salario.

—¿Cómo sabes que *mi* firma no es mejor que la tuya?



—Porque me llamas y me pides ayuda con casos todo el tiempo, casos tontos y eso. Si tu firma fuera mejor, no tendrías que preguntar.

—Como sea —gruñó—. ¿Ya te rebelaste contra el vagón de citas en línea?

—¿Rebelar? ¿Vagón? —Nunca podría entender sus pequeñas metáforas del sur—. ¿Qué diablos significa eso?

—Uf, dios... —Suspiró—. Significa que no me pusiste al día sobre tu cita de anoche así que supongo que fue un fracaso, lo que significa que no has dormido con nadie en un mes. Que es un récord para ti.

—Lo es.

—¿Quieres un consejo?

—No, a menos que quieras venir a mi oficina a decírmelo *en persona*. — Sonreí.

—No, gracias. Hablando de consejos, necesitaré tu ayuda el viernes en la noche.

—¿Con qué?

—Acabo de concertar un gran caso. No he pasado por todos los documentos aún, pero ya sé que están por mi cabeza.

Me incliné en mi silla. —Si es un caso tan grande, podrías traer los documentos a mi condominio esta noche. Estaría feliz de ayudarte con ellos. Categorizar siempre ha sido mi especialidad.

—¡Ja! Buen intento, pero no lo creo. —Continuó hablando del caso, pero solo la escuchaba a medias. Seguía pareciendo extraño que no quisiera conocerme en persona, que me dejara colgado cada vez que lo sacaba a relucir.

—También... —Seguía divagando—. Probablemente tendría que hacer alguna investigación en esos cambios. No estoy segura de si...

—Dime la verdadera razón por la que no puedo conocerte en persona — la corté.

—¿Qué?

—Nos hemos conocido durante seis meses ya. ¿Por qué no quieres que nos reunamos?

Silencio.

—¿Necesitas que repita mi pregunta? —Me levanté y caminé hacia mi puerta, bloqueándola—. ¿Me entendiste?

—Va contra las reglas de LawyerChat...

—A la mierda *LawyerChat*. —Rodé los ojos—. Va contra las reglas que tú y yo tengamos el número telefónico del otro en primer lugar, que actuemos



como malditos adolescentes y nos hagamos venir en el teléfono cada noche, pero nunca discutes por eso.

—Nunca me has hecho venir...

—No mientras.

—No lo has hecho.

—Entonces, la semana pasada cuando dije que quería que montaras mi boca para que pudiera comerme tu coño hasta que te vinieras en mis labios, ¿pretendías respirar con fuerza?

Inhaló. —No, pero...

—Eso pensé. ¿Por qué no nos podemos conocer en persona?

—Porque eso arruinaría nuestra amistad, lo sabes.

—No lo sé.

—Me has dicho que no duermes con la misma mujer dos veces, después de que duermes con alguien, terminaste.

—Nunca he follado a una de mis *amigas* antes.

—Eso es porque soy la única.

—Soy consciente, pero... —Me detuve, no tenía defensa para eso.

El silencio se estableció en la línea, e intenté pensar en otro argumento.

Ella habló primero—: Honestamente, no quiero arruinar nuestra relación por *una* follada sin sentido.

—Te garantizo que tendremos más de una follada sin sentido.

Su risa ligera y airosa se coló por la línea, y suspiré, tentando por ver cómo lucía. No estaba seguro de por qué, pero las últimas semanas había anhelado experimentar su risa cara a cara.

—Ya sabes —siguió—, para un abogado de alto perfil, tienes una boca muy sucia.

—Estarías sorprendida de cuán más sucio puedo ser.

—¿Más sucio de lo que ya he experimentado?

—*Mucho más sucio*. —Estuve tentando las aguas desde que comenzó esta amistad, aún esperanzado de que algún día nos conociéramos en persona, pero ahora que no lo hacía, no había punto en contenerme—. Supongo que te *hablaré* esta noche.

—No a menos que encuentres otra cita entre ahora y entonces. Sé que estarás buscando.



—Por supuesto que estaré buscando —me burlé—. ¿Alyssa es tu nombre *real*?

—Sí, pero estoy segura de que *Thoreau* no es el tuyo. ¿Te importaría decírmelo finalmente?

—Te lo diré cuando recuperes el sentido y me dejes verte.

—Simplemente no lo dejarás ir, ¿no? —Se volvió a reír—. ¿Qué pasa si la verdadera razón por la que no quiero conocerte es porque soy fea?

—Tengo un buen presentimiento de que *no lo eres*.

—Pero, ¿y si lo *fuera*?

—Te follaría con las luces apagadas.

—Prefiero las luces *encendidas*.

—Entonces te haré usar una bolsa de papel en la cabeza.

—¡¿QUÉ?! —Rompió a reír—. ¡Eres ridículo! Uf, hay un cliente en mi puerta ahora. Tengo que irme. ¿Te llamo después?

—Siempre. —Colgué, sonriendo. Luego me golpeó.

Joder... Siempre encuentra una forma de salirse de la línea de cuestionamiento...



Perjurio (s.):

Entrega voluntaria de falso testimonio bajo juramento.

Traducido por Vanessa Farrow & Sandry

Corregido por Laurita PI

Alyssa (Bueno, mi nombre real es "Aubrey"...)

—Las mentiras siempre alcanzan a la gente al final. ¿Por qué la gente no entiende eso? —Eso es lo que decía el mensaje de texto de Thoreau esta mañana.

—¿No crees que algunas mentiras son justificables? —Le envié un mensaje en respuesta.

—No. Nunca.

Dudé. —¿Así que, nunca me mentirías?

—¿Por qué lo haría?

—Porque apenas nos conocemos el uno al otro...

—Sólo porque me mantienes a distancia. —Me envió otro mensaje antes de que pudiera responder—. ¿Te gustaría saber mi nombre real y donde trabajo?

—Prefiero nuestro acuerdo de anonimato.

—Por supuesto que sí, y nunca te mentiría. Confío en ti por alguna extraña razón.

—¿Alguna extraña razón?

—Muy extraña. Te hablaré más tarde.

Arrojé mi teléfono en mi bolso y suspiré, dejando que esa sensación familiar de culpa me invadiera. Nunca pretendí seguir hablando con él, convertirme en su amiga fuera de Chat de Abogados, pero estaba demasiada involucrada, y no quería dejarlo ir.

Meses atrás, cuando vi la invitación a la exclusiva red sobre el escritorio de mi madre, me juré que sólo la usaría cuando tuviera que hacer preguntas para mis clases de pre-ley. Utilicé su código de acceso para entrar, construí un



perfil falso, y me aseguré de que todas mis preguntas estuvieran hiladas de tal manera que nadie sabría que eran para las tareas escolares.

Por desgracia para mí, el programa de pre-ley en Duke era diferente a cualquier otro programa en el país. Consistía en más clases prácticas, tutorías individuales de los abogados en ejercicio, y se encargaba de que cada estudiante encontrara un puesto de interno para los últimos cuatro semestres. Además de eso, esperaban que leyera e interpretara los archivos de casos como si ya fuéramos abogados.

Si hubiera sabido que pedirle a Thoreau tantos consejos para la tarea llevaría a una amistad real, podría haber dejado de hablar con él antes. Por otra parte, al igual que yo era su única amiga, él también era mi único amigo.

Era abierto y honesto cada vez que hablábamos, y sólo deseaba poder hacer lo mismo, sobre todo desde que parecía tener la costumbre de decir: “Odio a los jodidos mentirosos” cada vez que una de sus citas lo engañaba.

Maldita sea...

Suavizando el tejido de tul de mi tutú, tomé varias respiraciones profundas; podía pensar en mi amistad con Thoreau después, ahora mismo necesitaba enfocarme.

Hoy era el día de la audición para una producción de *El Lago de los Cisnes* y era un manojo de nervios; apenas había dormido la noche anterior, me salté el desayuno y me presenté en el teatro cinco horas antes.

—¡Por favor, despejen el escenario, señoras y señores! —gritó el director desde abajo—. ¡Las audiciones oficiales comenzarán en treinta minutos! ¡Por favor, despejen el escenario y vayan a las alas!

Antes de dirigirme detrás del escenario, miré hacia el público. La mayoría de las caras eran familiares, mis compañeros de clase, profesores, unos cuantos directores de la compañía de ballet para la que trabajé el verano pasado, pero las caras que necesitaba ver no se encontraban allí.

Nunca estaban.

Dolida, encontré un rincón en el vestuario y llamé a mi madre.

—¿Hola? —respondió a la primera llamada.

—¿Por qué no estás aquí?

—¿Por qué no estoy *dónde*, Aubrey? ¿De qué estás hablando *ahora*? —Dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Mi audición abierta para *El Lago de los Cisnes*. Prometiste que tú y papá vendrían.



—¡Es Aubrey, cariño! —le gritó a mi padre en el fondo—. ¿Su recital era hoy?

—No he estado en un *recital* desde que tenía trece años. —Apreté los dientes—. Esto es una prueba, una audición única en toda mi vida, y se supone que deben estar aquí.

—Supongo que mi secretaria se olvidó de decirme al respecto esta mañana —dijo—. ¿Ya tienes algunas pasantías para tu carrera?

—Tengo *dos* carreras.

—*Pre-ley*, Aubrey.

—No. —Suspiré.

—Bueno, ¿por qué no? ¿Crees que una va a caer del cielo y aterrizar en tu regazo? ¿Es eso?

—Tuve una entrevista ayer en Blaine y Asociados —dije, sintiendo mi corazón volverse más pesado a cada segundo—, y tengo otra la próxima semana en Greenwood, Bach y Hamilton. También estoy a punto de hacer una audición para el papel de mi vida si deseas pretender que te importa una mierda durante cinco segundos.

—¿*Discúlpame*, señorita?

—Tú no estás aquí. —Tenía lágrimas en mis ojos—. *No estás aquí...* ¿Sabes lo grande que va a ser esta producción?

—¿Vas a recibir *pago*? ¿La Compañía de Ballet de Nueva York está pagando?

—Ese no es el punto. Te he dicho una y otra vez lo importante que es esta prueba para mí. Llamé y te lo recordé ayer por la noche, y sería muy bueno si mis *padres* se presentaran y creyeran en mí para variar.

—Aubrey... —Suspiró—. Creo en ti. Siempre lo hago, pero estoy en medio de una audiencia enorme en este momento y lo sabes porque está en todos los periódicos. También sabes que convertirte en una bailarina profesional no es una carrera estable, y por mucho que me *encantaría* dejar a mi lucrativo cliente para verte andar de puntillas por el escenario...

—Se llama bailar *en pointe*.

—Es lo mismo —dijo—. De todos modos, es sólo una audición. Estoy segura de que tu padre y yo no seremos los únicos padres que no pudieron asistir hoy. Una vez que te gradúes de la universidad y vayas a la escuela de derecho, verás el ballet como lo que realmente es: *un hobby*, y nos agradecerás que te empujáramos a una doble especialización.

—El ballet es mi *sueño*, madre.



—Es una etapa, y la última vez que lo comprobé, superaste la edad de máximo rendimiento para convertirte en una profesional. ¿Recuerdas cómo de repente dejaste todo a los dieciséis años? Lo dejarás de nuevo, y será lo mejor. En realidad...

Colgué.

No quería escuchar otro de sus discursos matadores de sueños, y me enojó que hubiera llamado “etapa” al ballet cuando yo había estado bailando desde que tenía seis años. Cuando ella y mi padre invirtieron incontables dólares en clases privadas, disfraces y competiciones.

La única razón por la que quise “dejarlo” a los dieciséis años fue porque me rompí el pie y ya no podía presentarme a audiciones para cualquiera de las escuelas de danza. Y la única razón por la que empecé a mostrar el más mínimo interés en leyes era porque no podía hacer mucho fuera de mis sesiones de rehabilitación a excepción de *leer*.

Mi corazón siempre perteneció a las zapatillas de punta, y de hecho nunca cambiaría.

—¿Aubrey Everhart? —Un hombre de repente me llamó desde la puerta del teatro—. ¿Eres tú?

—Sí.

—Eres la siguiente en subir al escenario. En unos cinco minutos.

—Estaré justo ahí... —Metí mi bolsa en un armario. Antes de que pudiera cerrarla, mi teléfono sonó.

Sabiendo que era mi madre llamando para ofrecer una disculpa a medias, hice mi mejor esfuerzo para no gritar. —Por favor, ahórrate tus disculpas. —Inmediatamente tomé la llamada—. No significan nada para mí.

—Llamaba para decirte buena suerte —dijo una profunda voz.

—¡Dos minutos! —Un tramoyista me miró y me indicó que me dirigiera hacia el escenario.

—¿Thoreau? —Le di la espalda al tramoyista—. ¿Para qué me estás deseando buena suerte?

—Mencionaste que tenías algún tipo de audición hace unas semanas. Es hoy, ¿verdad?

—Sí, gracias...

—No pareces muy entusiasmada con tu *sueño* en este momento.

—¿Cómo puedo estarlo cuando mis padres no creen en él?

—Tienes *veintisiete años*. —Se burló—. Que se jodan tus padres.



Me reí con aire de culpabilidad. —Ojalá fuera así de simple...

—Realmente lo es. Haces tu propio dinero, y a pesar del hecho de que realmente no sabes una mierda de leyes, pareces ser una abogada bastante decente. Que se jodan.

—Lo tendré en cuenta —dije, tratando de cambiar el tema—. Estoy muy sorprendida porque recordaste que mi audición era hoy.

—*No lo hice*. —Colgó, y sabía que él sonreía mientras lo hacía.

—¡Quince segundos, señorita Everhart! —El tramoyista me agarró del brazo y prácticamente me tiró al escenario.

Sonreí a los jueces y me quedé de pie en la quinta posición, brazos sobre mi cabeza, y esperé la primera nota de la composición de Tchaikovsky para bailar.

Hubo un ruido de papeles, un poco de tos de alguien en la audiencia, y luego la música comenzó.

Se suponía que debía mostrar un arabesco, una pirueta, y luego realizar la rutina que había estado ensayando en clase durante el último mes y medio. Sin embargo, no lo sentí así, y ya que esta era una de mis últimas oportunidades para impresionar, decidí bailar como yo quería.

Cerré los ojos y completé pirueta tras pirueta, vuelta *fouette* tras vuelta *fouette*. Ni siquiera iba a ritmo con la música, y me di cuenta de que el pianista se encontraba confundido y trataba de seguir mi ritmo.

Demosté cada salto que sabía, aterrizando perfectamente en cada uno de ellos, y cuando el pianista se rindió y tocó la última nota, regresé a la quinta posición, sonriendo.

No hubo aplausos, no vítores, nada. Traté de leer las caras de los jueces para ver si parecían algo impresionados, pero eran estoicas.

—Eso es todo, señorita Everhart —dijo uno de ellos—. ¿Leighton Reynolds, por favor tome el escenario?

Murmuré “gracias” antes de bajarme y salir corriendo del teatro. No me molesté en ver el resto de las audiciones.

Por el resto de la tarde, caminé por el campus y traté de no llorar. Cuando estaba segura de que las lágrimas no caerían, le envié un correo electrónico a Thoreau, que era lo único que podría hacerme sentir mejor.

Asunto: Pensamiento...

“Una cena. Una noche. Sin repeticiones”. ¿Escoges un restaurante barato o caro? ¿Pagas por la cena y la habitación de hotel? ¿O haces que la mujer pague a medias?



Alyssa.

Asunto: Re: Pensamiento...

Cena cara. Hotel de cinco estrellas. Yo pago por todo.

¿Te gustaría que haga algunas reservaciones para nosotros, así te puedo mostrar?

Thoreau.

Asunto: Re: Re: Pensamiento...

Por supuesto que no. ¿Y "unas" reservaciones? ¿Qué pasó con sólo una?

Asunto: Re: Re: Re: Pensamiento...

Te dije que me gustaría hacer una excepción en tu caso. Invertí en una caja de bolsas de papel hoy.

Thoreau.

Me reí y miré mi reloj. Eran las cinco de la tarde y estaba segura de que los resultados de la producción se publicaron hace horas, pero me hallaba demasiado asustada para mirar. Todo lo que quería era una oportunidad para ser un miembro del cuerpo de cisne, o incluso un suplente para el principal.

¿Por qué jodí esa rutina? ¿En qué demonios pensaba?

Después de volverme loca con preguntas, me obligué a volver al teatro de danza para ver la publicación del elenco final. Cuando llegué, había una enorme multitud enfrente del anuncio, y podía oír el habitual: —¡Estoy dentro! ¡Estoy dentro! —y—, ¿Cómo podrían no escogerme? —Revelaciones.

Apreté para abrirme camino a través de todos y hojeé la hoja, buscando mi nombre en la parte del elenco secundario, pero no me encontraba allí.

Estaba en la hoja del elenco *principal*, y justo al lado del papel principal de Odette/Odile, el cisne blanco y negro, se hallaba mi nombre completo en negrita.

Me eché a llorar, saltando arriba y abajo con incredulidad. Quería llamar a mi mamá y contarle la buena noticia, pero mi corazón de repente se hundió ante la idea.

Sabía que en este mismo momento, probablemente le decía a mi padre que le colgué en la cara, y que tenía que asegurarse de que supiera que los hilos detrás de ellos pagaban mi educación: —Si dejas pre-ley, dejaremos de mandar los cheques... Pre-ley paga tus clases, el ballet no.



Saqué mis doloridos pies de un cubo de hielo y los sequé con una toalla. No estaba segura de cómo iba a hacer malabares con un papel protagonista, clases y una potencial pasantía, pero no tenía otra opción.

Suspirando, miré el calendario en mi escritorio donde había garabateado "Día de preparación para la entrevista" en la ranura de hoy.

Mi próxima entrevista con Greenwood, Bach y Hamilton, una de las firmas de más prestigio en el estado, era algo más que una entrevista. Era un *proceso*, y cada estudiante en búsqueda de prácticas sabía que aterrizar como residente en esa empresa podría hacer maravillas para su currículum.

La firma era tan selectiva que llevaban a cabo cuatro rondas de entrevistas telefónicas, tres pruebas en línea, y todos los solicitantes debían completar varios ensayos antes de la entrevista final con los socios.

Había planeado las entrevistas telefónicas y los exámenes, pero en cuanto a los ensayos — cien expedientes relacionados, era algo que no esperaba. Incluso pensé que me habían enviado el informe equivocado, por lo que llamé para decir—: Creo que mi dossier se ha cambiado con la solicitud de residentes del *nivel de la escuela de leyes*. —La secretaria simplemente se rio de mí.

Ella dijo que la firma esperaba que todos los residentes —del nivel de la escuela de leyes y los estudiantes universitarios, rellenaran el mismo informe en la medida de sus posibilidades.

—No te preocupes —dijo—. No vamos a esperar que seas perfecta. Sólo queremos ver cómo funciona tu mente.

Agarré el expediente del caso que me daba más problemas y lo puse en mi regazo. Luego busqué la página web de la empresa GBH y fui familiarizándome con los tres socios que me entrevistarían.

Greenwood, el fundador de la empresa, era un hombre canoso con ásperas gafas de montura. Ponía de pretexto a Harvard como su razón para ser tan exigente y minucioso, y se jactaba de que en sus treinta años de práctica de la ley, alcanzó una de las tasas más altas de victorias en el país.

Bach, socio de la firma desde hacía más de diez años, era un hombre calvo de unos cuarenta años, aunque parecía un poco mayor. Se abrió paso a través de la firma, y desde que era "un individuo tan trabajador con una pasión sin igual", Greenwood no tuvo más remedio que hacer de él su primer socio. Tenía las segundas tasas más altas de victoria del país.



Después estaba Hamilton —Andrew Hamilton, y él era... era *jodidamente sexy*. Intenté concentrarme en su biografía e ignorar su fotografía, pero no pude evitarlo. Sus profundos y penetrantes ojos azules me miraban directamente, y su cabello corto y castaño oscuro pedía que pasara mis manos por él.

Tenía el rostro de un dios griego —uniformemente bronceado, perfectamente simétrico, fuerte y con la mandíbula cincelada, y sus labios carnosos curvándose en una ligera sonrisa.

A pesar de que la imagen sólo mostraba la parte superior de su cuerpo, me imaginaba que por la forma en que llenaba su traje azul marino, tenía músculos fuertes y definidos por debajo de él.

Me estaba mojando sólo con mirarlo.

Céntrate, Aubrey... Céntrate...

Extrañamente, su biografía era la más corta de todas. No listaba su educación, su historial, o el año en que se convirtió en socio. Eran sólo un montón de palabras de relleno sobre cómo "la firma se sentía muy honrada de tener un abogado tan estimado y probado" en su equipo. Oh, y disfrutaba comiendo chocolate.

Qué informativo...

Copié y pegué todas sus biografías en un documento de Word, y luego llamé a Thoreau.

—Buenas noches, *Alyssa* —respondió, haciendo que me derritiera con su voz, como de costumbre. Juro que podía convencerme para hacer cualquier cosa... *casi* cualquier cosa.

—Hola, um...

—¿Sí?

Dios, me encantaba su maldita voz... No había dicho gran cosa y ya estaba excitada.

—¿Me has llamado para que pueda escucharte respirar? —Tenía que estar sonriendo.

—En realidad, sí. —Puse los ojos en blanco—. ¿Estás disfrutando de mis sonidos?

—Disfrutaría mucho más si estuvieras debajo de mí.

Me sonrojé. —Oh...

—El caso, *Alyssa*. —Se rio—. Háblame de tu último caso.

—Bien, eh... —Me aclaré la garganta—. Brevemente: mi cliente llevó una pistola a un banco federal y se olvidó de activar el bloqueo de seguridad.



Alguien chocó con él y sus manos instintivamente fueron a su bolsillo y el arma se disparó, dándole en la pierna.

—¿Desde cuándo practicas derecho *penal*? Pensaba que tu especialidad era el derecho corporativo.

Mierda... —Lo es. Estoy llevando este caso para un amigo, trabajo gratuito.

—Hmmm. Bueno, a tu *amigo* le esperan de dos a cinco años en una prisión federal si no tiene ningún antecedente. ¿Con qué parte de esto necesitas ayuda exactamente?

—Con la parte de la defensa. No ha herido a nadie, salvo a sí mismo.

—¿Tenía una licencia para llevarla?

—No... —Miré mis notas.

—Entonces estoy seguro de que la fiscalía convencerá al jurado de que llevaba la pistola en el banco con la intención de hacer daño a alguien que no fuera *él mismo*. Acepta cualquier acuerdo que ofrezcan.

—Bueno, yo... —Miré lo que decía la hoja de asignación—. ¿Qué pasa si ya he rechazado ese acuerdo?

Suspiró. —Llama a la fiscalía y trata de recuperarlo. Si dicen que no, declara que no admites los cargos.

—¿Qué no admita los cargos? ¿Estás loco?

—¿Y tú? ¿Qué tipo de abogada corporativa acuerda aceptar un obvio caso penal? Una bastante inexperta en...

—Para tu información, se trata de una asignación. —Carraspeé—. No importa. Decirme que no admita los cargos es más o menos lo mismo que declararle culpable.

—Si ese fuera el caso, te habría dicho que le *declararas culpable*. —Sonaba molesto—. *No admitir los cargos* es la mejor opción para tu cliente, y cualquier abogado *real* lo sabría. ¿Seguro que has aprobado el examen?

—No habría sido invitada a unirme a LawyerChat si no lo hubiera aprobado, ¿no? —Sentí que me dolía el corazón con esa mentira—. Sólo estoy tratando de evitar que mi cliente sea condenado a la cárcel.

—Entonces *realmente* deberías dedicarte a la legislación mercantil. —Había una sonrisa en su voz—. Tu cliente va ir a la cárcel y no hay nada que puedas hacer al respecto. La única cosa negociable sobre su caso es *cuánto tiempo* va a pasar allí. ¿Algo más en lo que te pueda ayudar? ¿Tengo que darte una conferencia sobre la diferencia entre *culpable* y *no culpable*?



Puse los ojos en blanco y alejé el archivo. —Muchas gracias por tu condescendiente ayuda, como siempre.

—El placer es mío —dijo—. Tengo que preguntarte algo importante.

—¿Acerca de mi caso?

—No. —Dejó escapar una risa baja—. ¿Qué aspecto tienes?

—¿Qué? —Apenas podía oír mi voz—. ¿Qué has dicho?

—Ya me has oído. Ya que nunca puedo tener la oportunidad de verte, me gustaría saber. *¿Cómo eres?*

Me puse de pie y me acerqué a mi espejo, dejando que mis ojos recorrieran mi reflejo.

—No estoy segura de cómo se supone que debo responder a eso... —Necesitaba cambiar de tema, rápido. De todo lo que me contó acerca de sus citas en los últimos meses, sin duda tenía un tipo que le gustaba más, un tipo que le intrigaba como ningún otro: rubia, ligeramente con curvas, labios carnosos...

Yo.

Traté de imaginar qué aspecto tenía él un montón de veces. ¿Moreno, tal vez? ¿Castaño claro? ¿Una boca hecha para besar, con profundos ojos verdes? ¿Paquete de seis, no, *paquete de ocho* abdominales que conducían hacia abajo, a una lamible V?

Mencionó que hace ejercicio todos los días...

Estaba más que segura de que era atractivo —tenía que serlo si tantas mujeres lo aguantaban en esos sitios de citas, pero cada vez que mi mente hacía un dibujo, me convencía de que lo había hecho mal.

—¿Sabes qué? —dije, sacándome de mis pensamientos—. Nunca he sido buena describiendo cosas. *¿Cómo eres tú?*

—Me veo como un hombre que quiere follar contigo.

Un hormigueo ascendió y descendió por mi columna. —Eso no es una descripción...

—¿De qué color es tu pelo? —No sonaba divertido, y sabía que no iba a permitirme dirigir la conversación esta noche.

—Rojo. —Tiré de la cinta que estaba alrededor de mi moño y dejé que las hebras rubias cayeran por mis hombros.

—¿Cómo de largo lo llevas?

—Es corto...

—Hmmm. *¿Qué hay de tus ojos?*



Me quedé mirando mis iris color azul grisáceo. —Verdes, verdes claros.

—¿Tiene pecas?

—No. —Por lo menos esa parte era cierta.

—¿Y tus labios?

—¿Quieres saber cómo de finos o gruesos son?

—Quiero saber cómo se verían envueltos alrededor de mi polla.

Di un grito ahogado.

—¿Estás jugando a ser tímida esta noche? —Cubitos de hielo tintinearón contra vidrio en el fondo—. ¿Cuánto de mi polla crees que podrías tener en tu boca?

Me quedé en silencio, y mi respiración empezó a disminuir.

—¿Alyssa? —Su voz era suave—. ¿Vas a contestarme?

—Es difícil hacer una predicción sobre algo que nunca has hecho. —Le oí inhalar una respiración profunda, y la línea quedó en completo silencio.

Pensé que me preguntaría cómo me las arreglé para tener relaciones sexuales con mis novios en el pasado sin dar una mamada, pero no lo hizo.

—Hmmm. ¿Eres pelirroja natural?

—¿Qué importa? —Me acerqué a la cama—. Claramente no soy tu tipo.

—Tengo una *preferencia*, no un tipo, y una pelirroja listilla que nunca ha tenido la polla de otro hombre en su boca es más que digna de una excepción.

Puse un dedo debajo de mi ropa interior y me la quité antes de dejarme caer bajo las sábanas. —Lástima que no sea una malísima y completa virgen ¿eh?

—No follo a vírgenes. —Hizo una pausa—. Pero teniendo en cuenta el hecho de que nosotros nunca hemos follado, bien podrías ser una.

La humedad se deslizó por mis muslos, y sentí que mis pezones se endurecían. —Dudo sumamente...

—Estoy cansado de sólo poder hablar contigo por teléfono, Alyssa...

Silencio.

—*Necesito verte...* —Su voz era tensa—. *Necesito follarte...*

—*Thoreau...*

—No, *escúchame*. —Su tono era una advertencia—. Necesito enterrarme profundamente dentro de ti, sentir el latido de tu coño alrededor de mi polla mientras gritas mi nombre... mi nombre *real*.



Una mano se arrastró por delante de mi estómago y entre mis muslos, y mis dedos empezaron a tocar mi clítoris. Lentamente al principio, luego más rápido, más deprisa con cada sonido de sus respiraciones pesadas en mi oído.

—He sido muy paciente contigo... —Su voz se apagó—. ¿No te parece?

—No...

—Lo he sido —dijo—. Estoy cansado de imaginar lo mojado que se puede poner tu coño, lo fuerte que gritarás cuando chupe tus tetas mientras me montas... Lo fuerte que voy a tirarte del pelo cuando te doble sobre mi escritorio y te folle hasta que no puedas respirar... *Cansado*.

Cerré los ojos, dejando que mi otra mano apretara mi pecho, dejando que mi pulgar pellizcara mi pezón.

—Te voy a dar dos semanas para que recuperes el jodido sentido...

—¿Qué?

—*Dos semanas* —susurró—. Es entonces cuando tú y yo vamos a encontrarnos cara a cara, y voy a reclamar cada centímetro de ti.

—No puedo... no puedo estar de acuerdo... con eso.

—*Lo estarás*. —Su respiración estaba ahora en sincronía con la mía—. Y en el segundo en que lo hagas, me vas a invitar a tu casa y voy a recordarte todo lo que te has burlado de mí durante los últimos seis meses.

Me quedé sin palabras. Mi clítoris se hinchó con cada roce de mi dedo y mi respiración era cada vez más y más corta.

—Voy a ser suave al principio —susurró—, sobre todo cuando deslice mi polla en tu boca y te tire del pelo, mostrándote exactamente cómo me gusta ser chupado.

—*Para...* —Jadeaba—. *Por favor...* *Para...*

—Confía en mí, *no lo haré*.

—*Thoreau...* —Mis piernas temblaban.

—Ya no puedo simplemente *hablar* contigo. Necesito *sentirte*, tengo que *saborearte*. Di que sí a las dos semanas...

Me mordí el labio, sabiendo que si él lo decía otra vez, si me preguntaba una vez más, le diría que sí.

—*Alyssa...* —rogó.

Me encontraba a segundos de correrme, a segundos de gritar: "¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!"

—Prométeme que me dejarás follarte en dos semanas...



Como si mi boca estuviera bajo su mando, liberé mi labio inferior y me preparé para decir que sí, pero colgué.

Manteniendo los ojos cerrados, me acosté en la cama y dejé que las olas de un orgasmo me arrollaran atravesándome mientras gritaba los tres sí que él no podía oír. Cuando finalmente dejé de temblar, me di la vuelta y agarré una almohada, llevándola hacia mi pecho.

Antes de que pudiera obligarme a dormir, escuché mi teléfono sonar debajo de mí.

Era un mensaje de Thoreau. *Me lo tomaré como un sí. Catorce días.*



Carga de la prueba (s.):

La obligación de probar o refutar un hecho disputado.

Traducido por Issel

Corregido por Alessandra Wilde

Andrew

— ¿Te dije que conseguí el rol principal para el ballet para el cual hice la audición? — dijo Alyssa a la mañana siguiente.

Había estado hablando con ella desde que llegué al trabajo, pero no había hecho mención del hecho de que me había colgado en la cara la noche anterior; iba a castigarla por eso después. Severamente.

Trece días...

— ¿Te hablé de eso? — me preguntó de nuevo.

— No, y si no vas a decirme cuándo y dónde es la presentación, entonces no me importa.

— Oh, vaya. — Se rio—. ¿Estás enojado por lo de anoche, no es así?

— *Furioso.*

— ¿Porque colgué?

— Porque sé que gritaste “sí” cuando te viniste, y colgaste porque no querías que lo escuchara.

Se quedó en silencio, y yo iba a decir algo más, pero Jessica entró de repente en mi oficina, sonriéndome.

— Espera un segundo. — Coloqué el teléfono contra mi pecho—. ¿Si, Jessica?

— Las entrevistas finales van a comenzar en veinte minutos. Lo necesitan en el salón de conferencias ahora.



—Estaré ahí cuando esté ahí. —Actué como si el beso que estaba lanzándome ahora no estuviera sucediendo, y esperé hasta que cerró la puerta—. Voy a tener que llamarte más tarde, Alyssa. Tengo una reunión.

—Debe ser un mal momento para ambos. Yo también tengo una reunión.

—¿Tu cliente condenado por el tiroteo?

—No, algo mucho peor. Una entrevista de internos.

—Debe estar en el aire entonces. —Suspiré mientras me colocaba mi chaqueta—. Tengo que sentarme a través de unas cuantas de ellas, desafortunadamente.

—¿Alguna recomendación que quieras compartir?

—Trata de lucir como si de verdad estuvieras prestando atención mientras ellos responden las preguntas, y asegúrate de que tu teléfono esté completamente cargado para que así puedas meterte en internet.

—No para mí. —Se rio—. Para los internos. Algo que debería decir si alguno de ellos está nervioso.

—Oh. —Me encogí de hombros—. Diles mi lema.

—¿Y cuál es ese lema?

—Es lo que es.

—¿Por qué te pregunto siquiera?

—Porque siempre te digo la verdad. —Colgué.

—¿Señor Hamilton? —Jessica entró en la oficina de nuevo—. Quieren que revise los documentos antes de que comiencen.

—Estoy justo detrás de ti. —La seguí a la sala de conferencias, donde Will Greenwood y George Bach me esperaban, y me senté a su lado.

—Qué bueno verte fuera de tu oficina hoy, Andrew —se mofó Will.

—Sí —agregó George—. Gracias por regalarnos tu presencia esta tarde. Sabemos cuánto amas ser sociable.

Rodé los ojos. —¿Por qué necesitamos hacer las entrevistas de internos los tres? ¿Cuál es el punto de tener un departamento de recursos humanos si los socios hacen el trabajo por ellos?

—Esta es una familia, Andrew —habló el señor Greenwood severamente—. Ya sea un interno, la secretaria, o el hombre joven que se queda en la noche y limpia esta oficina, quiero que se sientan aun parte de una gran familia. ¿Tú no?

—No voy a responder a eso —dije—. ¿A cuántos vamos a escoger este año?



—No muchos. —Will deslizó una carpeta hacia mí—. Tenemos la selección de los cinco primeros. Solo necesitamos reducirla a tres. Dos de la escuela de leyes, y uno de pre-leyes. Agregaremos dos más el siguiente semestre.

—Hmmm. —Saqué las aplicaciones y pretendí prestar atención mientras ambos hablaban sobre cada uno de los logros de los aspirantes.

—¡Está bien, Jessica! —Will presionó el botón del intercomunicador—. ¡Puedes hacer pasar al primer aspirante!

Cuando la puerta se abrió, esperé ver a la usual chica estirada planamente vestida con una sonrisa de madera, pero la mujer que entró estaba bastante lejos de eso. Vestida con un vestido gris claro que colgaba de sus caderas y un par de tacones color piel, era una de las mujeres más sexy que había visto alguna vez; no podía apartar mis ojos de ella.

Sus ojos eran de un profundo color azul océano que combinaba con el collar de zafiro que colgaba de su cuello. Su cabello estaba en una cola baja — los mechones sueltos acariciando ligeramente sus pechos, y sus labios —sus brillantes labios rosados, parecían estar murmurando palabras de algún tipo.

No tengo ni idea de lo que estás diciendo...

Mientras me daba cuenta de que la tira de su sostén rosado se había deslizado por debajo de su vestido hacia su hombro desnudo, sus sorprendentes ojos se encontraron con los míos. Levanté una ceja y se sonrojó. Luego se giró inmediatamente, mirando a mis socios.

—Bienvenida a GBH, señorita Everhart —dijo George—. Estamos felices de que esté aquí para hacer una entrevista, pero como sabe solo podemos seleccionar a *un* interno de los estudiantes no licenciados para nuestro programa en este momento.

—Lo entiendo, señor. —Sus ojos se encontraron de nuevo con los míos, y mi polla se retorció.

Traté de detener las imágenes que invadían mi cerebro, imágenes más doblando a esta mujer sobre la mesa, follándola contra la pared de la oficina, y atando sus manos sobre su cabeza y torturándola con mi lengua toda la noche, pero no se detenían. Cada imagen se disolvía en otra, y antes de saberlo, la había desvestido visualmente y no había nadie en esta habitación aparte de nosotros dos.

¿Qué diablos está mal conmigo? ¿Atraído por una aspirante a interna? ¿Una interna que aun NO ESTABA LICENCIADA?

—Bueno, comencemos entonces. —George interrumpió mis pensamientos—. Señor Hamilton, ¿le importaría comenzar con la primera pregunta?



—No particularmente —dije, tratado de ignorar el hecho de que la señorita Everhart alisaba su vestido sobre sus muslos.

El me dio un codazo por debajo de la mesa y susurró entre dientes—: Familia, Andrew... *Familia*.

Rodé los ojos. —¿Por qué quiere ser una abogada, señorita Everhart?

—Porque disfruto jodiendo a las personas —dijo—. Imagino que también podría conseguir que me paguen por ello.

Mis labios se curvaron en una sonrisa, y George y Will rieron.

—Con toda seriedad, caballeros —continuó—, vengo de una gran familia de abogados y jueces; es lo que he conocido toda mi vida. Sé que el sistema de justicia está lejos de ser perfecto, pero nada me hace más feliz que verlo en su mejor forma. No hay mejor sentimiento que trabajar para el bien de la sociedad.

—Buena respuesta —dijo Will—. Ahora, vamos a hacerle una serie de preguntas referentes al paquete de estudio de casos de la vida real que le enviamos. ¿Fue capaz de completarlo todo?

—Sí, señor.

—Excelente. Pregunta número uno: su cliente entra en un banco federal con un arma cargada en su bolsillo. Al ser rozado por un extraño, el arma se dispara, hiriendo su pierna. En referencia a los cargos que estableció el fiscal, ¿cómo haría que se declarara su cliente?

—¿Qué? —Lo miré—. ¿Podrías repetir esa pregunta, Will?

—¿Qué punto?

—Lo que sea que acabas preguntar.

Asintió y repitió felizmente, colocando énfasis extra en el crimen de entrar en un banco con un arma de fuego cargada.

Mi mente recordó inmediatamente la conversación que había tenido con Alyssa la noche anterior.

Sonreí, pensando que quizás el "amigo" de Alyssa era una historia de titular en las noticias locales, que quizás podría descubrir quién era ella sin que me lo dijera. Saqué mi teléfono y lo sostuve por debajo de la mesa de conferencias, buscando en Google. "Hombre se dispara a sí mismo en un banco federal. Carolina del Norte."

No apareció nada relevante.

Hmmm.

—¿Cómo haría que se declarara, señorita Everhart? —preguntó de nuevo Will.



—Declararía que no admito los cargos —dijo ella rápidamente.

—¿No admite los cargos? —sonaba ligeramente impresionado—. ¿Eso por qué?

—No tiene una licencia para portar armas, por lo que estoy segura de que el fiscal tratará de hacer que parezca que llevó esa arma al banco por una razón. Independientemente de que solo se lastimó a sí mismo, está esperando una sentencia de prisión, así que podría evitar el juicio y tratar de limitarlo a los términos más bajos posibles.

Parpadeé, negándome a creer que su respuesta fuera algo más que una coincidencia. Y como un hecho, tan pronto como comenzó a explicar más ampliamente su lógica, sabía que lo era; solo una estudiante comenzaría a hablar sobre la "apelación emocional" justo después de una declaración de no admitir los cargos.

Mientras Will y George continuaban cargándola con preguntas, busqué variaciones de un caso federal de tenencia de armas. "Hombre dispara arma en banco". "Declaración a no contestar en caso de banco federal". "Hombre se hiere a sí mismo en disparo en banco". Aun nada.

—¿Señorita Everhart, hay algún abogado por el cual le gustaría modelar su propia carrera? —preguntó Greg.

—La verdad, sí —dijo ella—. Siempre he admirado la carrera de Liam Henderson.

—¿Liam Henderson? —Levanté mi ceja—. ¿Quién es ese? —Normalmente los entrevistados nombraban a un juez federal, algún bien conocido fiscal. O un familiar abogado del distrito. ¿Pero un desconocido? Nunca.

—Bueno, hizo historia como el abogado más joven en descubrir una conspiración del gobierno, y él... —Ignoré su respuesta. Acababa de pensar en otra frase que buscar en Google.

—Interesante elección, señorita Everhart —dijo Will—. ¿Tiene algún mentor profesional de las leyes aparte de los miembros de su familia?

—Sí.

—¿Está en contacto cercano con este mentor? Si es así, ¿con qué frecuencia?

—Hablamos casi a diario, así que me gustaría pensar que somos cercanos.

¿Por qué no aparece este caso? Es un disparo en un banco "federal", debería estar estampado en todos los periódicos...

—¿Su mentor sería capaz de hablar con nosotros, o enviarnos una carta de referencia por usted? —Will estaba definitivamente impresionado con esta



mujer, y ella tenía este trabajo. La segunda ronda de preguntas que aún tenía que hacer en realidad no era necesaria.

—Estoy segura de que puedo pedírselo de ser necesario —dijo justo mientras comenzaba una nueva búsqueda en la web.

—Genial. Así que, digamos, ¿cuál es la última recomendación que le dijo su mentor? —Miré mi reloj. Tan pronto como las entrevistas terminaran, iba a llamar a Alyssa respecto a este caso. Quizás había alterado detalles para continuar encubriendo su identidad.

—Cuando le dije que me sentía nerviosa por mi entrevista de hoy —dijo suavemente la señorita Everhart—, me dijo: *es lo que es*.

Mi cabeza se levantó inmediatamente.

—¿Lo hizo? —George presionó su pecho, riéndose—. ¡Eso suena como algo que diría nuestro Andrew! —Me palmeó en el hombro—. ¿No es así, Andrew?

—Sí. —Estreché mis ojos hacia "la señorita Everhart"—. Eso suena *exactamente* como algo que yo diría...

Ella se metió un mechón suelto de su cabello detrás de la oreja. —Me aseguraré de decirle a mi mentor que alguien en verdad disfruta de su extraño sentido del humor.

—Hágalo. —La miré mientras respondía las siguientes preguntas con facilidad, mientras sus grandes ojos azules apenas parpadeaban cuando las preguntas se hacían más duras. Y mientras más la escuchaba hablar, más escuchaba las familiaridades del patrón de su discurso; me tuve que forzar para no volverme loco.

Una coincidencia estaba bien, ¿pero dos? Bastante improbable.

Mientras preguntaban sobre sus frases inspiradoras favoritas, busqué el número de Alyssa y marqué. Sabía de hecho que nunca silenciaba su teléfono por alguna extraña razón, y tenía que saber si lo que pensaba era cierto o si mi mente me jugaba una broma cruel.

Podía ver los repiques en la pantalla de mi teléfono, ver los segundos mientras pasaban, y cuando sonó tres veces, dejé escapar un gran suspiro de alivio. Pero luego el sonido de campanas llenó el salón.

—Lo siento. —Las mejillas de la señorita Everhart se pusieron rosadas y tomó su cartera—. Tengo la rara costumbre de no poner esto nunca en silencio... En realidad mi intención era dejarlo en el auto. —Sacó su teléfono, sonriendo ligeramente una vez que vio la pantalla, y luego presionó ignorar.

¡QUE. DEMONIOS!



—Sucede todo el tiempo. —Will se rio—. De todas maneras ya no vamos a extendernos mucho. Es bueno que sonara para que así cerráramos con las últimas preguntas. ¿Algo de tu parte, Andrew?

Miré en dirección a "Alyssa". Estaba confundido, molesto, y desafortunadamente excitado, todo al mismo tiempo.

—¿Andrew?

—No —dije, dándome cuenta de que se sonrojaba de nuevo—. No tengo absolutamente nada que decir.

Tanto Will como Greg se pusieron de pie y sonrieron, extendiendo la mano para estrechar la de ella, pero yo me quedé sentado.

No podía creer esta mierda.

No era una pelirroja de ojos verdes como había dicho por teléfono, lejos de ser una abogada licenciada, era una *jodida mentirosa*...

—¿Señor Hamilton? —Estaba de pie enfrente de mi con su mano extendida—. Gracias por entrevistarme hoy. Fue un completo placer conocerlo.

—El placer es todo mío. —Estreché su mano, tratando con todas mis fuerzas de ignorar la suavidad de su tacto—. Buena suerte.

Asintió, diciéndonos adiós a los tres una vez más, y luego dejó el salón.

Mientras Will y George discutían lo impresionados que estaban con su entrevista, me obligué a mirar su expediente.

Estudiante de dos especialidades en Duke: Pre-leyes y Ballet. Perfecto Promedio de notas de 4.0. Recientemente elegida como el personaje principal de *El Lago de los cisnes*, recientemente colocada entre los mejores del diez por ciento de su clase. Había diez cartas de recomendación en su archivo —todas de abogados impecables; había incluso una del recientemente nombrado procurador del distrito.

Tan maravillosos como eran sus logros personales, fue su fecha de nacimiento lo que me desencajó más. Tenía veintidós años.

Unos jodidos veintidós.

Y, aunque era la que tenía más logros de todos los no licenciados, ni siquiera era una estudiante de último año.

Era una estudiante de *segundo*...



Ignoré el mensaje de esa noche de Alyssa, el que decía: “Si no has encontrado otra cita desafortunada para esta noche, llámame cuando veas esto.”

Estaba demasiado enojado para decirle algo. Después de todas las horas que habíamos pasado al teléfono. Todas las veces que le había dicho que odiaba a los mentirosos, me había mentido. Repetidas veces.

Quería votar que no para darle el trabajo, pero no pude conseguir hacerlo. Una vez que terminamos con la última entrevista del día, la decisión fue unánime: Aubrey Everhart.

Aun así, mientras sopesaban frenéticamente los pros y los contras de los otros aspirantes, me senté ahí aturdido —molesto conmigo mismo por no ver antes a través de todas las mentiras de Aubrey.

En los seis meses que habíamos hablado, siempre había hecho preguntas que eran demasiado simples, preguntas que a veces me hacían dudar, pero nunca pensé dos veces sobre esto. Ella había mencionado la universidad de Duke varias veces, pero nunca habló sobre esta por largo tiempo y siempre lo hacía parecer como si se hubiese graduado ahí. Pero la constante conversación de cómo quería la aprobación de sus padres y tenía sentimientos en conflicto sobre elegir el baile o las leyes debió haber sido un claro indicativo.

En este momento no estaba seguro de qué mentira me enojaba más: el hecho de que no fuese una abogada, el hecho de que estuviera aún en la universidad, o el hecho de que me había mentido sobre su apariencia física.

Sirviéndome mi sexto trago de la noche, me di cuenta de que la última mentira —aunque irrelevante, era la que me golpeaba más fuerte. Ella era definitivamente mi "tipo", y en el segundo en que entró en la sala la deseé, antes de descubrir quién era en realidad, antes de descubrir su edad.

Tomándome un trago, escuché mi teléfono sonar. *Ella.*

Rodé los ojos y lo dejé en la mesa. Tomé uno de mis últimos cigarros habanos y salí al balcón. Necesitaba pensar.

El cielo no tenía estrellas esta noche —casi negro, y la luna se escondía debajo de una cortina de nubes oscuras. Tanto como no quería admitirlo, el cielo de esta noche tenía una horrorosa semejanza con cierta noche que ocurrió hace seis años.

Esa fue la noche en que mi vida cambió para siempre, la noche que me dejó roto, en pedazos y adormecido. Todo por culpa de mentiras —una serie de angustiosas e inconcebibles mentiras.

Traté de evitar visualizar los recuerdos, pero aún podía escuchar esa afectada y entrecortada voz en mi cabeza—: *Andrew... tienes que ayudarme... tienes que sacarme de aquí... por favor... sálvame, Andrew...*



Sacudí la cabeza y bloqueé el resto de ese recuerdo. A diferencia de seis años atrás, estaba en control de la situación, y el que "Alyssa" me mintiera significaba que nuestra amistad se había terminado, listo.

No había justificación para lo que ella había hecho, pero antes de cortar con ella, necesitaba hacerla pagar por mentirme, y necesitaba descubrir *cómo*.



Condena (s.):

Fallo de culpabilidad contra un acusado.

Traducido por florbarbero

Corregido por CrisCras

Andrew

— ¿Señor Hamilton? — Aubrey dejó mi café en mi escritorio dos semanas después. Insistí *personalmente* en que trabajara como mi pasante, a pesar de que mirarla me hacía enojar.

Hice un punto de no decir demasiado a su alrededor, me abstuve de mirarla demasiado tiempo, y fui más cruel que nunca, incluso despectivo. La hice responsable de traer mi café a diario, le exigí que volviera a hacer cada tarea, al menos tres veces, y cada vez que me pedía ayuda, le respondía con un frío "imágnalo por ti misma."

Nunca parecía molesta u ofendida por mi dureza, lo que me hacía sentir aún más furioso. Pensé que tenerla trabajando para mí me permitiría verla agrietarse bajo la presión y que mi atracción por ella desaparecería, pero sólo se intensificaba cada vez que veía su cara.

Especialmente hoy.

Cuando acomodó mi café, noté que sus pezones se asomaban a través de su fino vestido de color beige, que además era tan ajustado que permitía ver la impronta de sus bragas de encaje.

Joder...

— ¿Señor Hamilton? — preguntó de nuevo.

— ¿Sí, señorita Everhart?

— Tengo un ensayo importante para un ballet del que formo parte, así que me preguntaba... — Parecía absolutamente nerviosa—. ¿Puedo irme a casa temprano hoy?

— No.



Suspiró. —Realmente necesito estar en este ensayo... es en el Grand Hall.

—¿Y?

—Y —dijo, aclarándose la garganta—, con el debido respeto, *Señor Hamilton*, esto es algo grande para mí. El Grand Hall está generalmente reservado para las actuaciones, por lo que el hecho de que lo abran y nos dejen usarlo en un ensayo es...

No la escuchaba, y por mucho que quería regresar a mi trabajo y dejarle claro que era ignorada, no pude. Me encontraba demasiado ocupado mirando los contornos de su boca.

—Eso es un hecho. —Seguía hablando por alguna razón—. Creo que he marcado puntos muy válidos, y como no estoy pidiendo demasiado, debería estar de acuerdo en dejarme ir.

—Regrese al trabajo, señorita Everhart.

—Señor Hamilton, por favor...

—Regrese. Al. Trabajo. —La miré, desafiándola a dejar que otra palabra saliera de su seductora boca—. No me interesa su vida personal. Le pago por veinticinco horas semanales, por lo que trabajará *veinticinco horas a la semana*, y cuando digo que trabajará me refiero a que realmente lo hará. Por lo tanto, vuelva a su cubículo.

Me miró durante unos segundos, y no pude dejar de notar las lágrimas en sus ojos.

—Puede llevarse esa caja de Kleenex cuando salga —dije.

Sacudiendo la cabeza, dio un paso atrás y se dirigió a la puerta. —Voy a preguntarle al señor Bach si puedo salir temprano. Sin faltarle al respeto.

—¿Perdón? —Me puse de pie—. ¿Qué acabas de decir?

Siguió caminando hacia la puerta, el sonido de sus tacones resonando más y más rápido. Antes de que pudiera girar la perilla de la puerta, la rodeé y la cerré con mi mano.

—No soy fanático de la insubordinación, señorita Everhart.

—No tiene que preocuparse por eso. —Su cara estaba roja, retorcida por la ira—. Voy a pedirle al señor Bach que me asigne a otra persona porque me niego a seguir trabajando con usted.

—Buena suerte con eso. Ninguna otra persona la quería. *Sólo yo.*

—Lo dudo mucho. —Trató de alejarse, pero agarré sus manos y las sostuve por encima de su cabeza.



—Fui la mejor entrevistada y jodidamente lo sé —susurró—. Y dado que ambos lo sabemos, no tengo que aguantar su mierda nunca más. —Me miró como si quisiera escupirme en la cara—. Es idiota, cruel, frío y condescendiente, no he aprendido una mierda de usted; y dudo que lo haga.

—Cuide su boca. Sigo siendo su jefe.

—Era mi jefe.

Apreté mis manos alrededor de sus muñecas y la miré directamente a los ojos, presionando mi pecho contra sus senos. —Déjame que te cuente lo que está a punto de suceder, *Aubrey*. Vas a volver a tu cubículo y vas a permanecer allí hasta que hayas terminado por el día, sólo te levantarás para traerme una nueva taza de café. Dile al director de tu ballet que irás después de hacer tu trabajo, y no acudirás al señor Bach ni le dirás nada, porque no reasignamos a los internos sólo porque lloran.

—Creo que hay una primera vez para todo. —Me dedicó una mirada furiosa, entrecerrando los ojos mientras su pecho subía y bajaba.

—Aubrey...

—Déjeme ir antes de que empiece a *gritar*, señor Hamilton. No escuché nada de lo que acaba de decir, así que le sugiero...

Choqué mis labios contra los suyos, logrando con eficacia que se callara. Mantuve mis manos fuertemente apretadas alrededor de sus muñecas, presionando su cuerpo contra la puerta con mis caderas.

Murmuró algo cuando deslicé mi lengua en su boca, y mordí su labio inferior tan fuerte como pude. Sin pensarlo, solté sus manos y me apoderé de su cintura, atrayéndola contra mí mientras mi mano se abría paso por debajo de su falda.

Deslicé mi mano a través de la entrepierna de sus bragas, deslizando mis dedos contra el encaje, y luego poco a poco las empujé a un lado e introduje un dedo profundamente en su coño.

—Ahhh... —gimió, haciéndome morder su labio de nuevo, e introducir en su interior dos dedos en lugar de uno.

Se encontraba húmeda, *empapada*, y aunque quería follarla sin sentido contra mi puerta hasta hacerle olvidar su nombre, alejé mi boca de la de ella.

—Fuera de mi oficina.

—¿Qué? —preguntó sin aliento, con los ojos desorbitados por la sorpresa.

—Ve a tu *importante* ensayo.

—Señor Ham...



—Date prisa antes de que cambie de opinión. —La rodeé para alcanzar la puerta y abrirla—. Vete.

No dudó en irse, y tan pronto como lo hizo, supe muy bien que este acuerdo no funcionaría durante mucho tiempo más. O ella era reasignada o tendría que despedirla, rápido.

Horas más tarde, cuando me encontraba a medio camino a través del trabajo del día, recibí un nuevo mensaje de texto de Alyssa. Rodé los ojos y cambié su nombre por el de Aubrey antes de leerlo.

¿Dónde has estado durante las últimas dos semanas? —decía—. ¿Estás bien? Te llamé y te mandé un mensaje y no me has respondido. Realmente estoy preocupada... si lees esto, di algo, cualquier cosa.

No quería responderle, pero con el sabor de su boca aún permaneciendo en mis labios, me di por vencido. *Estoy bien. Acabo de descubrir algo importante no hace mucho y he estado tratando de encontrar la manera de lidiar con ello.*

¿Es algo serio?

MUY serio.

Lo siento... ¿Hay algo que te hará sentir mejor?

Dudo que cualquier cosa que digas pueda hacerme sentir bien ahora mismo.

¿Quieres apostar?

Pruébame.

Mi jefe acaba de besarme hasta hacerme perder la cabeza. Creo que es por eso que es tan endemoniadamente cruel conmigo; quiere follarme...

Realmente no creo que tu "jefe" quiera follar contigo...

Definitivamente lo hace. Su polla se encontraba muy dura cuando me besó. Además me mordía los labios y me agarraba como si quisiera poseerme... nunca he estado tan mojada en mi vida...

Dudé. ¿Cómo se supone exactamente que esto me hará sentir mejor?

Fingí que eras tú todo el tiempo. Te extraño.

Instantáneamente apagué mi teléfono. No sabía qué tipo de mierda trataba de tirar, pero yo no caería.

¿Fingí que eras tú? ¿Te extraño? Mentiras.

No respondería a sus llamadas ni a mensajes durante mucho tiempo. Culo sexy o no.



Contrainterrogatorio (s.):

El interrogatorio de un testigo llamado por el oponente.

*Traducido por Alessandra Wilde & Nikky
Corregido por Mire*

Aubrey

No podía dejar de pensar en la manera en que el señor Hamilton me besó el otro día, la forma en que me atrajo hacia su pecho y folló mis labios con su boca.

Pensamientos de besarlo estuvieron invadiendo mi mente todo el día, e incluso ahora, cuando fui a dejarle su última taza de café, tuve la tentación de rodear su escritorio y retarlo a besarme otra vez. Desde que me convertí en su interna, había sido bastante malo conmigo, imprudente, pero pensé que era una técnica de entrenamiento, una manera de ver si me quebraba bajo presión.

Hasta que me besó ese día.

Hubo algo intangible en su beso; palabras no dichas, un deseo reprimido. Me hizo pensar que las miradas arrojadas a menudo en mi dirección, esas miradas de desprecio que se entremezclaban con deseo, significaban un poco más.

Puse una tapa de plástico en su taza y me aclaré la garganta. —¿Necesita algo más, señor Hamilton?

No hubo respuesta.

Me mantuve firme y esperé a que me mirase; quería ver su cara.

El traje que llevaba puesto hoy —uno gris oscuro de tres piezas con una corbata de seda plateada, le hacía parecer aún más devastadoramente hermoso de lo que era normalmente.

—¿Hay algún problema, señorita Everhart? —Apretó los puños sobre el escritorio, haciendo todo lo posible para actuar como si mi presencia no le molestaba. Pero sí lo hacía, me di cuenta.



Sabía que iba a levantar la mirada en cualquier momento, así que di un paso atrás, asegurándome de que el vestido azul claro que me puse específicamente para él estuviera a plena vista, pero mantuvo la mirada baja.

—No, señor.

—Entonces, salga de mi oficina. Necesitaré su informe de Brownstein con mi próxima taza de café. A las cuatro en punto.

—Acaba de darme ese informe ayer. Dijo que podía tomarme todo el tiempo que necesitara.

—Usted me debe de haber oído mal. Puede tomarse todo el tiempo que necesite *hoy*. Las cosas cambian instantáneamente por aquí, y esa es la razón exacta por la que algunos de nosotros nunca salimos temprano. Cuatro en punto.

Me quedé sin habla. De ninguna manera sería capaz de leer y resumir un informe de trescientas páginas para el final del día.

—¿Perdió algo de su capacidad auditiva entre ayer y hoy? —Él finalmente alzó la vista, su perfecto rostro inexpresivo—. Necesito completo silencio cuando trabajo y no me puedo concentrar con su pesada respiración. — Me entrecerró los ojos—. Retírese, termine el informe, y tráigamelo de vuelta con mi café. Si no lo hace, está despedida.

Rápidamente decidí que era bipolar, y que nuestro beso aparentemente de conexión fue solo un error. Me di la vuelta y salí de su oficina, corriendo directamente a la sala de descanso.

No había manera de que fuera a terminar ese informe de Brownstein hoy.

Saqué mi teléfono y me desplazé a través de mis mensajes —dándome cuenta de que Thoreau no respondió a mis mensajes de texto de la mañana. Suspirando, decidí llamarlo. Necesitaba que alguien me dijera que mi vida no iba a terminar hoy cuando me despidieran.

Sonó una vez.

Sonó dos veces.

Se fue al buzón de voz.

¡¿Presionó la opción de ignorar?!

Le envié un mensaje. **¿Qué demonios te pasa últimamente? ¿Tu falta de sexo te obliga a actuar como un idiota conmigo? ¿La abstinencia es tan mala? Háblame.**

Esperé una respuesta, pero no llegó ninguna, así que me dejé caer en el sofá. Ni siquiera tenía sentido intentar terminar ese informe. Solo iba a



sentarme aquí, relajarme, y cuando dieran las cinco de la tarde iba a recoger todas mis cosas y a salir.

Podría encontrar otra pasantía en dos semanas, o en el peor de los casos, pedirle al jefe de departamento si podía hacer de sombra de mi madre y mi padre en torno a su firma.

Uf... Dios...

Cerré los ojos y me recosté contra el cojín, deseando poder conciliar el sueño.

—¿Aubrey? —Alguien sacudió mi hombro justo cuando empezaba a ir a la deriva.

—¿Sí? —Abrí los ojos. Era Jessica.

—He estado buscándote durante una eternidad. El señor Hamilton quiere hablar contigo.

Alcé la ceja. —¿Más café?

—Probablemente. —Se encogió de hombros—. Ha estado un poco raro últimamente. Solo ve, no quieres hacerlo enojar. —Abrió la puerta y me puse de pie, pasando por delante de ella.

Me debatí respecto si debía ir siquiera a su oficina. Por otra parte, ver la expresión de su rostro cuando le dijera: “Vete a la mierda. Renuncio”, sería una experiencia demasiado buena como para dejarla pasar. Forcé una sonrisa y llamé a su puerta.

—Adelante. —Su voz era severa.

Me deslicé dentro, esperando verlo sostener una taza de café vacía, pero se hallaba sentado en su escritorio, mirándome.

—Tome asiento —dijo.

Me senté frente a su escritorio, esperando que me regañara por algo y diera rienda suelta a más de sus tendencias aparentemente bipolares, pero no lo hizo. Siguió mirándome.

Odiaba el efecto que tenía en mi cuerpo ahora mismo, y tanto como tenía ganas de preguntarle qué demonios quería, no pude obligar a mi boca a decir nada.

Sin dirigirse a mí, de repente se puso de pie y rodeó su escritorio, sentándose en el borde del mismo y dejando que sus rodillas tocaran las mías.

—Los abogados, se supone, son personas con integridad, ¿no? —susurró.

—Sí.



—¿Cree que *usted* tiene integridad, señorita Everhart? —Hizo hincapié en cada sílaba de mi nombre.

—Sí.

—Mmm. —Se inclinó hacia delante—. Así que, ¿alguna vez, voluntariamente, le ocultaría la verdad a alguien que supuestamente le importa?

—Depende... —Mi respiración se quedó atascada en mi garganta; mi corazón latía a mil por hora.

—¿Depende? —Se echó hacia atrás un poco—. ¿Depende de qué?

—De si la verdad dañaría o heriría a alguien innecesariamente, entonces creo que tengo derecho a no revelarla.

—¿Pero qué pasa si alguien le pidiera expresamente la verdad, varias veces? ¿Y si él dijera: quiero que me digas la verdad, no importa lo mucho que duela, o cuánto me haga enojar?

¿A dónde va con esto? —¿Se refiere a un testigo potencial cambiando su testimonio en el estrado, señor Hamilton?

—No... —Arrastró sus dedos a través de mi clavícula, encendiendo mis nervios—. Esta es una investigación *personal*. Necesito una opinión externa. Responda a la pregunta.

—Bueno, creo... —Aspiré una bocanada de aire mientras colocaba su mano sobre mi muslo y pasaba sus dedos sobre mi falda—. Creo que ciertas mentiras tienen que ser dichas, y ciertas verdades tienen que ser retenidas. La condena final recae en los que pueden discernir cuál es cuál.

—Así que, ¿usted cree en la duda razonable?

—En algunos casos, sí...

—¿Qué pasa en *nuestro* caso? —Su mano se deslizó lentamente por debajo de mi falda, ascendiendo más y más por mi muslo.

—¿*Nuestro* caso?

—Sí —dijo—. Creo que justo ahora ambos nos encontramos en una desafortunada red de engaños.

—No... —le dije, sin aliento y confundida—. No estamos en una red de engaños...

—Definitivamente lo estamos, *Alyssa*... —Me atrajo hacia delante por el collar de perlas que llevaba alrededor del cuello—. Es el caso de una mujer que se hizo amiga mía online, pero resultó ser alguien completamente diferente de quien me dijo que era. Así que, en este caso, *nuestro caso*, ¿cómo te sientes acerca de la duda razonable?



Jadeando, pude sentir todo el color drenándose de mi cara. Mi corazón no latía más; se agitaba alrededor, salvajemente listo para saltar de mi pecho, y mis ojos estaban tan abiertos como podían estar.

—Has sido muy buena en cubrir tus pistas durante mucho tiempo, así que te voy a conceder eso —dijo—. Pero pensé que discutimos a fondo cómo me sentía respecto a los mentirosos. ¿O no?

Murmuré y él aumentó la presión sobre mis perlas, mientras tiraba de mí acercándome tanto que estábamos boca a boca.

—¿Planeas contestarme, *Aubrey*? ¿Estás cansada de esta maldita farsa?

—Nunca pensé que... —tartamudeé, tratando de apartar la mirada, pero su agarre me impidió moverme—. Lo siento mucho...

No dijo nada más. Me miró a los ojos, en busca de algo que no se encontraba allí. Luego bajó la voz, y se echó hacia atrás. —Alguien que me miente una vez, está muerto para mí para siempre. ¿Recuerdas que dije eso?

—Sí...

—Por lo tanto, ¿siempre has estado dispuesta a perder nuestra amistad por mentiras?

—Nunca quise conocerte en persona...

—Puedo ver eso —susurró.

—Si hubiera sabido quién eras en realidad... —Me estaba rompiendo enfrente de él. Esto era demasiado para un día—. Yo nunca habría...

—Guárdatelo —me cortó—. He escuchado suficiente acerca de tus pensamientos sobre *mentir*. Viendo que no compartimos los mismos puntos de vista, no eres digna de ser mi interna. Le estarás sirviendo como ayudante a mi secretaria hasta nuevo aviso.

—¿Me estás *degradando*?

—No es una degradación. Es una manera de mantenerte fuera de mi vista.

Mi corazón se cayó.

—Nuestra relación online, o lo que demonios fuera de todos modos —dijo—, ha terminado. No quiero saber nada de ti fuera de estas paredes de nuevo.

—*Thoreau*...

—Es señor Hamilton, señorita *Everhart*. —Él me miró—. Jodidamente señor Hamilton.

—Tienes que creer que lo siento... Nunca pensé que esto fuera a pasar.



—Tómese el tiempo que necesite con el informe de Brownstein. —Hizo caso omiso de mi disculpa y soltó su agarre de mi collar—. Tiene hasta el final de la próxima semana. Y a partir de ahora, solo puede poner mi café en mi estantería. No necesito que esté en cualquier lugar cerca de mi escritorio.

—Andrew...

—Definitivamente *no* tenemos la confianza para tutearnos. No vuelva a llamarme así.

—Solo déjame explicarte...

—No hay nada *que* explicar. Me mentiste y ya no existes. Vete. Ahora.

Sentí las lágrimas en mis ojos. —Hablabas en serio acerca de que tú eras mi único amigo... Los amigos se suponen que les dan oportunidades a los otros para enmendar las cosas. Solo déjame decirte por qué tuve que mentirte...

—No trato con mentirosos. *Nunca*. Y viendo que eso es exactamente lo que eres, no me importa por qué sentiste la necesidad de engañarme. Fuera de mi oficina, permanece fuera de mi vista lo máximo posible, y haz tu maldito trabajo.

Me puse de pie y miré sus ojos, rogando para que simplemente me escuchara, para que me dejase explicarle, pero se alejó de mí. Luego cogió su teléfono.

—¿Jessica? —dijo—. ¿Podría ayudar a la señorita Everhart a encontrar su camino fuera de mi oficina? ¿Y podrías, por favor, hacer que el conserje compruebe si hay ese jodido súper pegamento derramado por mi suelo?

Me puse de pie debajo de la corriente caliente de mi ducha, llorando. Justo después de que dejé la oficina de Andrew, dije en recursos humanos que no me sentía bien y que tenía que salir durante el resto del día.

Conduje directamente hasta el salón de baile —encerrándome en una habitación privada y bailando hasta que ya no pude sentir mis pies. Sabía que debía parecer una loca frente a mis compañeros de clase, sollozando entre cada giro, pero no me importaba; necesitaba despejar mi mente de todos los pensamientos sobre Andrew, Thoreau y Alyssa.

A medida que el agua continuaba arremetiendo contra mi piel, cerré mis ojos y murmuré: ¿Cuánto tiempo lo has sabido? Pensé en las últimas dos semanas, cómo "Thoreau" había sido menos hablador de lo normal, la forma en que me ignoró, y luego me di cuenta.



Mí entrevista...

Todavía la recordaba, porque ver a Andrew en persona me hizo darme cuenta de que ninguna imagen alguna vez podría capturar con precisión lo sexy que se veía realmente, y me sonrojé en el segundo en que sus ojos se encontraron con los míos. No pareció actuar de forma diferente a lo largo de la entrevista, pero luego me acordé de esa llamada telefónica al azar...

No me encontraba segura de por qué me acordaba de eso ahora, pero mientras el señor Bach y el señor Greenwood simplemente se rieron de esa entrometida llamada telefónica, Andrew me había mirado como si hubiese estado en una total y absoluta conmoción. Y al final de la entrevista, cuando extendí mi mano para estrechar la suya, su mirada ya no era intrigada, era intensa.

Secándome las lágrimas, apagué el agua y salí. Me envolví en una toalla e hice lo que siempre hacía cuando me sentía triste: pedí un sándwich y me hice un par de martinis.

Justo cuando me terminaba el primero, alguien llamó a mi puerta. Noté las rosadas llaves de Barbie en el mostrador, cortesía de mi olvidadiza y "nunca paro aquí" compañera de cuarto, y supe que era ella.

Siempre se le olvida algo...

—¿Te mataría comprobar dos veces si llevas estas antes de que...? —Me detuve cuando abrí la puerta.

Era Andrew, y la expresión en su rostro era de pura ira. No iba vestido con un traje ahora, solo una simple camiseta fina blanca, que se aferraba ligeramente a sus abdominales, y un par de desteñidos pantalones vaqueros azules.

Intenté cerrar la puerta en su rostro, pero la mantuvo abierta y se metió a la fuerza en mi apartamento. Comencé a caminar hacia atrás y él me igualó paso a paso, arrinconándome contra la pared de mi sala de estar.

—Necesitamos hablar. —Su voz era plana, sin emociones.

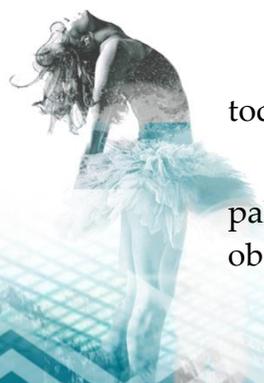
—No, no lo hacemos. Dijiste suficiente antes. —Baje la mirada al suelo—. No te preocupes, renunciaré por la mañana. Por favor, vete.

Inclinó mi barbilla y me miró a los ojos. —No vas a renunciar.

—*Mírame.* —Tragué saliva—. Quiero que te vayas...

—Me gustaría creer eso, pero dices cosas que en realidad no quieres decir todo el tiempo.

La tensión entre nosotros se encontraba malditamente cerca de lo palpable, y pude sentir mi sangre calentarse cada segundo que se quedó ahí observándome. Intenté moverme, pero se apoderó de mis caderas.



—Me dijiste que eras una abogada, Aubrey... —dijo, su voz llena de malicia—. Me dijiste que tenías veintisiete años.

—Nunca *dije* que tuviera veintisiete. Lo asumiste.

—¡Estaba en tu puto perfil! —Empujó mi espalda contra la pared—. Nunca pensaste en corregirme cuando dije que era solo cinco años mayor que tú... soy *diez años* mayor que tú.

—Nunca pensé que alguna vez te conocería en persona. —Apenas me las arreglé para decir mientras presionaba su pecho contra el mío.

—¿Eso justifica tus *mentiras*?

—Dije que lo sentía, y claramente fue un gran error hacerme amiga tuya. Ni siquiera me diste la oportunidad de explicarme completamente.

—¿No entiendes lo *jodida* que es esta situación?

—No... —murmuré mientras nuestros labios se tocaban.

—He estado deseando follar a la mujer que me provocó cada noche durante casi seis meses —susurró, deslizando sus dedos por debajo de mi toalla—. Quería que me montara. —Arrastró su mano hasta mi muslo y frotó su pulgar contra mi clítoris—. Mi polla y mi boca. Y quería enseñarle cómo sentirme... ¿No crees que esta mujer jodió todo eso?

Negué en respuesta; no podía manejar la forma en que me miraba.

—Dijiste que no eras mi tipo cuando te pregunte qué aspecto tenías. —Se apartó de mi boca, pero mantuvo su pulgar contra mi clítoris—. Pero claramente lo *eres*. ¿Por qué mentiste sobre algo tan simple como eso?

—No me dijiste qué aspecto tenías, así que...

—Deja de *desviarte* —siseó, y dio un paso atrás—. Dime el razonamiento. Ya he averiguado tu lógica para las otras mentiras de mierda. Por cierto, ningún abogado que se respeta *jamás* dejaría que otro abogado hiciera su trabajo por él.

—Solo un idiota egocéntrico que quiere parecer más serio de lo que es realmente se llamaría a sí mismo *Thoreau*.

—Es bueno ver por fin la versión de ti que recuerdo. —Dio otro paso atrás y cruzó los brazos—. Responde mi pregunta.

—*Jódete* —me burlé—. Te dije que lo sentía, te rogué que me escucharas, y ahora cuando *tú* tienes ganas de hablar, ¿crees que puedes irrumpir en mi apartamento y *obligarme*?

—No te he *obligado* a hacer nada. —Sonríó—. *Aún*.

Silencio.



Se apoyó contra la pared, esperando a que yo hablara, pero no pude hacer salir ni una palabra.

Aparta la mirada de él... Aparta la mirada de él...

Como si supiera el poder que su mirada tenía sobre mí, sonrió y cogió uno de mis martinis improvisados.

Levantando una de las cerezas del licor, la colocó contra sus labios. — ¿Piensas estar ahí de pie toda la noche mirándome, o vas a responder mi pregunta?

—No —dije, apartando por fin la mirada de él—. Después de la forma en que me trataste hoy en tu oficina, no te debo absolutamente nada. Puedes permanecer allí toda la noche, no me importa en absoluto. —Caminé hacia mi habitación—. Incluso hay una entrega de sándwich en camino si decides...

Mi aliento se atascó en mi garganta cuando me agarró por detrás y me tiró contra su pecho. Rápidamente me dio la vuelta, de manera que quedamos cara a cara, y luego arrancó la toalla de mi cuerpo, dejándola caer al suelo.

La cereza que levantó se encontraba en su boca, y estaba presionándola sobre mis labios —ordenándome silenciosamente que abriera y me la comiera.

Saqué la lengua para tomarla, pero antes de deslizarla hacia mí, susurró—: No mastiques... Quiero ver cuánto eres capaz de *tragar*.

Mi jadeo hizo que me la tragara.

—Buena chica —dijo, aflojando su agarre alrededor de mi cintura—. Ahora, retrocede y sostente a la pared.

—¿Qué?

Me empujó contra la pared antes de que pudiera tomar otro aliento, agarrando mis manos y elevándolas por encima de mi cabeza. —*Sostente a la pared...*

Asentí, presionando mis manos contra la fría superficie.

Con una mirada de "no-jodas-conmigo" en su rostro, chupó mi labio inferior en su boca, y habló suavemente—: Voy a hacer que te arrepientas si te sueltas.

—Sí...

—Eso no era una pregunta. —La expresión en su rostro se suavizó, y estaba segura de que podía oír el ruidoso latido en mi pecho.

Cerré los ojos mientras él pasaba sus manos arriba y abajo por mis costados.



Podía sentir su polla endureciéndose a través de sus pantalones mientras bajaba sus besos hasta mis pechos y hacía girar su lengua alrededor de mis pezones.

Su boca bajó por mi estómago, y sus manos acariciaron cada centímetro de mí mientras se abría camino hacia abajo.

—*Thoreau...* —jadeé cuando su lengua rozó el interior de mis muslos.

—Mi nombre es *Andrew*. —Se puso de rodillas—. Hemos terminado de jugar ese juego. —Atrapó mis piernas con sus manos y apretó su boca contra mi coño. Lamiéndome suavemente, masajeó mi clítoris con su pulgar.

Traté de no gemir demasiado alto, traté de reprimirlo todo, pero cada vez que giraba su lengua, mi boca dejaba escapar otro sonido.

—Estás tan jodidamente mojada... —gimió—. *Tan jodidamente mojada...* —Deslizó dos gruesos dedos en mi interior, empujándolos tan lejos como llegaban.

Mis ojos se abrieron cuando añadió un tercer dedo mientras susurraba—: *Tan apretada...*

—*Ahhh... Andrew...* —Me di por vencida de intentar estar en silencio.

—¿Sí? —Lentamente sacó sus dedos de mí y levantó la mirada, esperando a que yo dijera algo, pero no podía concentrarme cuando me miraba de esa manera.

Sin iniciativas de besos en absoluto, enterró su cabeza en mi coño y malditamente me devoró.

—*Ohhh...* —grité en indescriptible placer—. *Ohhh, Dioooss, Andrewww... Esperaaaa... despacio...*

Me ignoró, hundiendo su lengua cada vez más y más profundo.

No pude evitar soltarme de la pared. Dejé caer mis manos en su cabeza, agarrando puñados de su cabello para mantener el equilibrio. Cuanto más fuerte tiraba de su cabello, más arremetía su lengua contra mí sin piedad.

De repente hubo un fuerte golpe en la puerta, pero Andrew no se molestó en parar. En su lugar, levantó mi pierna derecha y la puso sobre su hombro. Agarró mi muslo para que no pudiera moverme, y luego deslizó su lengua dentro de mí un poco más profundo —lamiendo cada rincón de mis paredes.

A punto de venirme, agarré sus hombros mientras mi coño palpitaba contra su boca. Pero se detuvo abruptamente.



Movió mi pierna y besó su camino de regreso por mi cuerpo, deteniéndose al llegar a mis pechos. Los cogió con una mano y torció bruscamente mis pezones.

—Te dije que no te soltaras de la pared —dijo, bajando la mirada hacia mí mientras bajaba la cremallera de sus pantalones.

Miré de nuevo sus ojos, casi sin aliento.

—Te lo dije, ¿verdad? —Agarró mi mano y la presionó contra su pecho, moviéndola lentamente más y más abajo.

Cuando mi mano finalmente alcanzó su polla, bajé la mirada en total conmoción. Era inmensa, enormemente gruesa, y mi mandíbula colgaba totalmente abierta.

—¿No te gusta? —Levantó mi barbilla y sonrió.

Me encontraba completamente sin habla, pero no podía negar lo caliente que me sentía justo ahora. Recordando lo que había dicho por teléfono, bajé la cabeza para probarlo, pero me detuvo.

—*No esta noche.* —Sacó un condón de su bolsillo, y mantuvo sus ojos en mí mientras se lo ponía.

Conduciéndome hasta el sofá, se sentó y me llevó a su regazo.

Me incliné para besar sus labios, pero rápidamente me reposicionó, de forma que me hallaba de espaldas a él. Entonces se burló de mí con la cabeza de su polla —frotándola contra mi hendidura. Una y otra vez.

—¿Recuerdas cómo dijiste que querías montarme hasta que me viniera dentro de ti? —susurró en mi oído—. ¿Cómo querías frotarte contra mí hasta que te rogara que pararas?

—Sí... —gemí.

Me empujó por los hombros y me sentó en su polla, enterrándose hasta el final, centímetro a centímetro. Cuanto más me deslizaba sobre él, más gemía. Más decía mi nombre.

Cuando estuvo completamente dentro de mí, me mantuvo inmóvil y apretó sus labios contra la parte trasera de mi cuello, dejándome adaptarme a su longitud.

La sensación de él era como nada que hubiera sentido nunca antes. Era intenso, potente y adictivo.

—*Móntame, Aubrey...* —Me empujó hacia adelante—. Jodidamente móntame...

Tomé una profunda respiración y me moví contra él, lentamente, estirando mi interior más y más. Apenas podía mantener el ritmo; su plenitud



era casi demasiado, y él estaba frotando mi clítoris con su pulgar, volviéndome loca.

—Te sientes tan malditamente bien en este momento... —Me tiró hacia atrás por mi cabello—. No pares, maldita sea.

Me aferré a sus piernas para no perder el equilibrio, levantando mi cuerpo ligeramente arriba y abajo. Traté de establecer por fin un ritmo, para finalmente tomar el control.

—*Andrewww...* —No podía manejar su polla más—. Estoy... estoy a punto de venirme...

—*No.* —Agarró mi cadera más fuerte que nunca—. *Aún no.*

De repente, se puso de pie conmigo todavía empalada en su polla y me dobló—. Coge esa mesa y no la sueltes.

Mis dedos se aferraron al borde de la mesa de centro y él arremetió contra mí una y otra vez, golpeando mi culo cada vez que gritaba.

—Te dije que iba a *tener* tu coño —susurró con dureza—. No te vengas hasta que yo diga que jodidamente te vengas... —Su polla palpitaba dentro de mí, y mis músculos se apretaban con cada golpe.

—Joder... ¡Jodeer! —Mis piernas comenzaban a fallar mientras una intensa presión se construía dentro de mí, mientras me follaba sin descanso—. *Andrewwwww...*

—*No te dejes ir* —advirtió, pero no pude evitarlo.

Mi orgasmo tomó el control de mí en un apuro y me derrumbé. Antes de que pudiera aterrizar de bruces sobre la mesa de centro, me empujó hacia atrás y continuó golpeando contra mí hasta que llegó a su propia liberación.

Cerré los ojos y me recosté contra él, jadeando pesadamente mientras tratábamos de recuperar el aliento. Varios minutos después, Andrew levantó suavemente mi cadera y salió de mí.

Se puso de pie y lo miré mientras caminaba hasta la cocina y tiraba el condón. Levantó mi toalla del suelo y caminó de regreso a mí.

No hice ademán de levantarme, pero volví a envolver la toalla a mí alrededor.

—¿Hay algo sobre lo que *no* me hayas mentido? —Su voz fue un susurro.

—Sí...

—¿Y qué sería eso?

—Te eché de menos...



Levantó una ceja, manteniendo el resto de su rostro estoico. Inexpresivo. Comenzó a abrocharse el cinturón de sus pantalones, sin apartar sus ojos de los míos.

Tenía la esperanza de que dijera algo, *cualquier cosa*, pero no lo hizo.

Se alisó la camisa con las manos y se dirigió hacia la puerta. De repente, se detuvo y miró por encima de su hombro. Entonces se acercó a mí y besó suavemente mis labios —rozando su pulgar contra mi mejilla.

Quería hablar, preguntar lo que pensaba, pero se apartó y se fue.

Esta vez él se fue.



Receso (s.):

Retirada temporal o cese de la labor o actividad habitual.

Traducido por CrisCras

Corregido por Beatrix

Andrew

Rompí muchas normas en mi vida, pero dormir con una interna probablemente era una de las peores. No había precedentes para esto, y eso me aterrorizaba.

Al segundo en que dejé el apartamento de Aubrey, hice lo que hacía normalmente cuando follaba a alguien que conocí online: fui a casa, me duché, me serví un vaso de mi whiskey escocés favorito y saqué mi ordenador portátil —preparándome para buscar a la siguiente.

Excepto que esta vez, no quería buscar a la siguiente. Quería follar a Aubrey, otra y otra vez. Quería oírla gritar un poco más fuerte, sentir su cuerpo envuelto contra el mío, y ver su rostro mientras me enterraba profundamente en su interior.

Maldición...

No podía creer esto. Podía contar con una mano el número de mujeres en las que pensé después de dejar un hotel, y no era debido a que ninguna de esas mujeres fuera memorable en una *buen*a forma. Y las que *eran* buenas, eran solo “buenas” —nunca asombrosas, como Aubrey.

Una parte de mí se sentía mal por dejarla justo después de que termináramos, por no decir ni una palabra, pero *tenía* que marcharme.

No era de los que mantenía conversaciones íntimas después del sexo. Nunca.

Incluso aunque estaba más que tentado de conducir de regreso allí justo ahora y reclamarla otra vez, tenía que obligarme a aceptar un hecho muy duro: nunca iba a dormir con ella de nuevo. Iba contra las normas.



—¿Dónde está mi café, Jessica? —la llamé a su escritorio—. ¿Por qué no me lo ha traído la señorita Everhart todavía? ¿Llega tarde hoy?

—No, señor. —Sonaba confundida—. Son solo las siete y media...

Miré el reloj de mi pared y suspiré antes de terminar la llamada. Me encontraba en el borde por alguna razón, y no me gustaba.

No fui capaz de dormir la noche anterior e ignoré a propósito el mensaje que Aubrey me envió a media noche. Decía: "*No puedo dormir... ¿Podemos hablar sobre lo que acaba de ocurrir entre nosotros?*"

La respuesta era *no*.

Nuestras conversaciones se acabaron. No había nada más que discutir.

Hablamos. Follamos. Ese fue el final de nosotros.

Abrí la página web de Dating-Match, determinado a sacarla de mi mente. Todo lo que necesitaba era encontrar a otra persona, y ella se convertiría en una gota en un mar sin fin de otras mujeres —un recuerdo fugaz que medio recordaría cada vez que viera su hermoso rostro.

Había cientos de mujeres nuevas en la página ahora, pero muy pocas de ellas captaron mi atención. Las que lo hicieron parecían demasiado buenas para ser verdad, así que no me molesté en abrir sus perfiles completos.

Justo cuando estaba leyendo sobre una profesora de matemáticas, una taza de café fue colocada sobre mi escritorio.

—Buenos días —susurró Aubrey.

No respondí. Continué desplazándome a través de los perfiles online; ella lo captaría en algún momento.

Suspiró. —Andrew...

—Es *señor Hamilton*. —Alcé la mirada, deseando inmediatamente no haberlo hecho. Hoy venía aún más impresionante que ayer. Llevaba el mismo vestido gris que llevó en la entrevista, y hoy era más estrecho de lo que era ese día. Su cabello caía en suaves rizos que pasaban sus hombros, y sus ojos azules eran brillantes, esperanzados.

—¿Puedo hablar contigo un segundo? —preguntó.

—¿Es sobre tu trabajo?

—No...



—¿Es sobre *mi* trabajo?

—No...

—Entonces no. Vete.

—Es sobre ayer. —Permaneció inmóvil, haciendo que mi polla se pusiera rígida cuando se mordió el labio.

—Ayer fue un *error*, un momento lamentable para nuestras carreras, y te aseguro que no sucederá de nuevo.

—Eso no es lo que iba a decir.

—Señorita Everhart —dije, levantándome de mi escritorio y caminando hacia ella—, usted y yo trabajamos juntos profesionalmente. Si hubiera sabido la verdad detrás de todas sus ridículas mentiras antes, habría dejado de hablarle inmediatamente. Y luego la habría denunciado por robar la información de otra persona y usarla como propia. El hecho de que es una *mentirosa* permanece, y lamentablemente —dadas las circunstancias y el hecho de que ya la he follado, no queda nada por decir entre nosotros.

Abrió la boca para decir algo, pero presioné mi dedo contra sus labios.

—Nada más —susurré, acercando mi cara a la suya—. ¿Entiende?

—Eres... —Su labio inferior tembló mientras se apartaba de mí con brusquedad—. ¡Eres tan *gilipollas*! ¡No puedo creer que me acosté contigo!

—Créelo. Estoy seguro de que será un buen recuerdo para ti, dado que apenas tienes sexo.

Ella sacudió la cabeza. —¿También estabas fingiendo en el teléfono? No eres para nada como el hombre con el que hablaba por la noche, para nada como...

—Por favor, ahórreme la mierda de la súplica emocional, Señorita Everhart. Tomaré mi próxima taza de café al mediodía. Gracias.

—Estarás esperando. —Ella rodó los ojos—. La traeré cuando me *apetezca*.

—¿Vas a hacer que te despida por una taza de café?

—Para ser honesta, usted podría no querer que prepare su café, *señor Hamilton*. —Estrechó los ojos en mi dirección—. Quién sabe lo que pondré en él.

—Jodidamente te *desafío*... —Me acerqué un paso.

—¿Es eso una amenaza? —Se encogió de hombros.

—Es una jodida *promesa*. —La empujé contra la pared y presioné mis labios contra los suyos, levantando su pierna alrededor de mi cintura.



Mi polla había estado dura desde que dejó mi taza de café, y estaba frotando su mano contra ella a través de mis pantalones ahora mismo, murmurando.

Saqué un condón de mi bolsillo y lo presioné en su mano mientras devoraba su boca —mordiéndome sus suaves labios, burlándome de su lengua con la mía. Si pudiera, follaría su boca todo el día.

Mientras ella desabrochaba mis pantalones, deslicé una mano por debajo de su vestido y tiré de sus bragas a un lado, gimiendo una vez que sentí lo húmeda que estaba.

—*Andrew...* —Se estaba tomando demasiado tiempo con el condón, así que lo hice yo mismo. Al segundo en que lo tuve puesto, me deslicé dentro de ella profundamente, mordiéndome sus labios para que no gritara.

Agarré sus manos y las coloqué alrededor de mi cuello. —*Siempre húmeda...* —La sentí intentando quitar su pierna de alrededor de mi cintura, pero la mantuve inmóvil—. Di mi nombre otra vez...

—*Sí...* —Jadeó mientras investía en su interior, una y otra y otra vez—. *Sí...*

—*Dilo.* —Apreté su trasero.

Sus murmullos eran cada vez más y más fuertes.

—Mi nombre, Aubrey... —Besé su boca—. Di mi nombre...

Su coño se aferraba a mi polla más y más fuerte, y sus uñas arañaban mi cuello. —Estoy... estoy a punto...

Inmediatamente me detuve a media investida y susurré ásperamente en su oído—. Di mi jodido nombre, Aubrey...

Sus uñas se hundieron en mi piel. —*Andrew...*

Ante el sonido de mi nombre en sus labios, me deslicé en su interior y ella se vino, tan perfectamente. Sentí mi propia liberación segundos después, y pude sentirla enterrar la cabeza en mi pecho para ahogar sus gemidos, pero alcé su cabeza.

—Detén eso...

Jadeando, ella mantuvo sus ojos en mí. —¿Detener el qué?

—El esconder tu voz de mí... —Besé sus labios otra vez, sin hacer ningún movimiento para salir de ella, y nos quedamos allí de pie entrelazados el uno con el otro por lo que se sintió como una eternidad.

Tanto como quería decirle que se marchara y se largara de mi oficina, no era capaz de hacerlo. En cambio, la besé en la frente y salí lentamente, reajustando su vestido.



Después de tirar el condón, recogí uno de sus tacones, que se le cayó.

Sus rizos se encontraban revueltos por toda su cabeza, así que los coloqué en su lugar. Como si estuviera devolviéndome el favor, me cerró la cremallera y arregló el cuello de mi camisa.

Luego los dos nos quedamos parados mirándonos el uno al otro. No tenía ni idea de qué demonios acababa de suceder, y solo a una parte de mí le gustó. La otra mitad lo amó.

—Tienes que volver a trabajar. —Tiré del colgante de una zapatilla de ballet que llevaba alrededor del cuello—. Todavía me debes ese informe de Brownsteins, descenso de categoría o no.

—Me dijiste que no era un descenso.

—Saqué una página de tu libro y mentí. —Rodé los ojos y retrocedí un paso—. Vuelve al trabajo.

—Está bien, *señor Hamilton*. —Sonrió y se dirigió a la puerta.

—Y cuando vuelvas —añadí—, simplemente deja mi taza de café de la tarde en esa estantería y sal. No te acerques para nada a mí y no me digas nada.

—¿Por qué no?

—Porque te follaré otra vez si lo haces.

Se sonrojó y salió de la habitación.

Al segundo en que se fue, caí en mi silla y sacudí la cabeza.

¿Dos veces en menos de veinticuatro horas? Jesús...

Saqué el archivo de mi último caso, pero no podía obligarme a leerlo. Todo en lo que podía pensar era en Aubrey.

Había sentido algo como esto antes, y sabía que no llevaría a nada excepto a desesperación. Lo que sentía no era nada profundo, nada que lo alcanzara todo —*todavía*, pero era real, y no había nada que yo pudiera hacer para detenerlo.

Construí los últimos seis años de mi vida separándome a mí mismo de cualquier posibilidad de tener sentimientos por otra persona, *negándome* a construir ninguna amistad, pero Aubrey logró colarse por mis impenetrables puertas de algún modo. Y no solo se coló, lo hizo con mentiras, algo que nunca permitiría de nadie más. Algo que habría hecho que la descartara inmediatamente y nunca pensara en ella otra vez.

No tenía la menor idea de cómo manejar esto. Esto era territorio desconocido y no tenía ni idea de por dónde navegar después.



Suspirando, recogí el archivo de mi caso y me obligué a leer las primeras páginas, así podría obtener control sobre mí mismo. Antes de que lo supiera, me encontraba perdido en mi trabajo, y la única cosa en mi mente era cómo iba a convencer a un jurado para que creyera la mierda de mi último cliente.

Antes de que pudiera llamar al fiscal jefe y preguntarle qué iba a ofrecer a cambio de un acuerdo con la fiscalía, sentí algo caliente salpicar mi regazo.

Mi maldito café.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —Dejé caer mis papeles en el escritorio, mirando ferozmente el rostro enrojecido de Aubrey—. ¿Acabas de tirar eso en mi regazo *a propósito*?

—Sí. —Asintió, y me di cuenta de que había lágrimas en sus ojos—. Traer tu café es mi trabajo, ¿verdad?

—¿Eres jodidamente bipolar?

—No, solo soy una *mentirosa*, como tú dijiste. En realidad soy justo igual que tú, pero al menos yo puedo admitir cuando no te he dicho la verdad, al menos yo tengo una *razón*.

—¿Perdona?

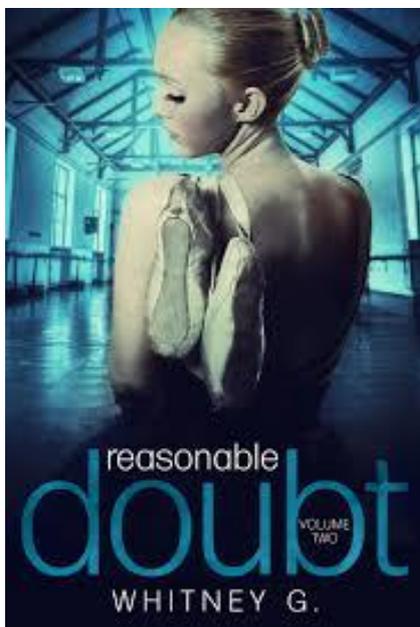
Las lágrimas descendieron por sus mejillas. —Tiene un visitante en recepción.

—¿Es tu reemplazo? —pregunté con sequedad—. Porque lo juro por Dios, si estas manchas no salen de mis pantalones...

—Es tu esposa.



Reasonable Doubt: Volume 2



Ella me mintió...

Traicionó la única normal respecto a la que soy más firme: Honestidad. Total y absoluta jodida honestidad.

De verdad deseo que ella fuera otra persona — alguien que no tenga la habilidad de hacerme sentir, alguien a quien podría descartar fácilmente como a las cientos de mujeres antes que ella.

Me siento atraído por ella como no me he sentido atraído por una mujer antes — completamente cautivado por su mera visión. Pero desafortunadamente, con mi pasado volviendo a la superficie lentamente para que

todo el mundo lo vea, tendré que encontrar una manera de dejarla ir.

Ella nunca podrá ser mía.

